



LA ELECCIÓN

ALISSA BRONTË

zafiro[♥]

*A mi familia. A mis devoradas.
Gracias*

El neón, discreto a pesar de ser en tonos rojos, la asustó. Era la primera vez que iba a visitar un lugar como ése. Situado en un sitio discreto, un callejón oscuro de los bajos fondos, irónicamente era el lugar más visitado por *lajet set*.

Con manos temblorosas, pulsó el timbre del interfono; el ruido que hizo sonó nervioso, igual que se sentía ella. La puerta se abrió y la empujó con recelo. No estaba segura de dar el paso que podía —o no— cambiar su vida. Suspiró y dejó que la puerta se cerrase tras ella.

Una vez dentro, observó todo lo que la rodeaba. De un estilo sobrio y elegante, no había colores brillantes, tan sólo tonos oscuros que veían rota su monotonía por los focos de luces rojizas que aparecían salpicados, como puestos al azar.

Una pequeña mesa negra, situada a modo de recepción justo detrás de la puerta, le dio la bienvenida. Sentada en una gran silla de cuero negra, una chica joven, morena, con el pelo corto y unas gafas redondeadas, le entregó un antifaz.

—Póngaselo —ordenó mientras le indicaba con la mano el camino de acceso.

—Gracias —murmuró obedeciendo.

Al darse la vuelta vio una puerta, la observó y volvió a mirar a la chica de la recepción, que asintió con la cabeza, confirmando que ése era el camino.

Andaba despacio, sus pies susurraban por encima del suelo enmoquetado, hasta que llegó a la puerta de lo que resultó ser una sala de espera. Allí, sillones tapizados en negro y gris se repartían apartados los unos de los otros para mayor intimidad.

Observó bajo la máscara a las otras mujeres —un muestrario variado y a la vez similar—, se acomodó en uno de los sillones y, en silencio, esperó. Pasaron los minutos y cada vez iban quedando menos en la sala. La recepcionista regresó y se llevó a la única mujer que aún se encontraba allí; ahora ya sólo quedaba ella.

Desde que se había sentado en el sillón, no había llegado ninguna otra. Esperaba nerviosa, su cuerpo no dejaba de temblar, como si fuese el vibrador del móvil. Tras unos minutos que se hicieron eternos, la recepcionista regresó. Por ella.

—Sígame, por favor.

Asintió y se levantó con cuidado de no tropezar, notaba las piernas como gelatina. La chica se acomodó de nuevo tras su mesa y le indicó que tomase asiento.

—No se preocupe, todo lo que me diga será «confidencial». Si decido que da el perfil, le entregaré un contrato donde se la informará de todo.

Ella la miró sorprendida bajo la máscara, no tenía ni idea de qué iba a suceder. ¿Dar el perfil? Dudó nerviosa. Sin embargo, había oído tantos rumores susurrados sobre las delicias que ese hombre, del que nadie sabía nada en realidad, era capaz de procurar al cuerpo de una mujer, que estaba convencida de que, a sus treinta y seis años, era su última oportunidad.

Suspiró y asintió conforme.

—¿Color de pelo? —preguntó la recepcionista.

—Rubio —contestó a algo que le parecía evidente.

—¿Tono?

—¿Tono? —repitió, pues no sabía a qué se refería la chica.

—Miel, yo diría que su rubio es parecido a la miel.

Sin saber qué decir, afirmó de nuevo con la cabeza. ¿Qué más daría el tono de pelo que tuviese?

—¿Estatura?

¡Bien! Una más fácil.

—Metro setenta y seis.

—¿Peso?

—Sesenta y dos kilos.

La recepcionista miró por encima de sus gafas y, sin hablar, le indicó que se levantase de la silla y se diese la vuelta.

—¿Es necesario? —preguntó cuando de nuevo, al acabar el giro, quedó frente a la chica.

—Sí: a él sólo le gusta un tipo concreto de mujer. Si no da el perfil, no la dejamos participar.

Tras unos segundos eternos, la chica volvió a prestarle atención.

—Bien, da el perfil —la informó, y ella suspiró aliviada—. Ahora, debe leer el contrato y firmar.

Leyó el contrato, en el que se la informaba de que todo el proceso, incluidos sus datos, sería confidencial, y que, si superaba el primer paso, pasaría a ser parte de La Elección. Para poder ejercer el derecho, debía abonar quinientos euros, que no le serían devueltos si no resultaba elegida.

Se la informaba de que el Herr —pues así se hacía llamar él— podría hacer con ella lo que deseara dentro de la habitación, y nunca sería algo que la hiriese o la lastimara.

Siguió leyendo despacio, sin poder evitar imaginar qué pasaría tras la puerta de ese cuarto al que él llevaría a la elegida, y sus muslos se humedecieron. Involuntariamente, se mordió el labio inferior.

—Si está de acuerdo —dijo la recepcionista—, firme aquí y aquí y haga efectivo el importe. Sólo efectivo, por favor.

De nuevo dudó, pero había llegado tan lejos que saber que tenía una oportunidad la animó a seguir.

Una vez finalizados los trámites, la chica de recepción llamó por teléfono y, sin pronunciar palabra, colgó de nuevo.

Al cabo de pocos segundos apareció otra chica que parecía una copia de la que acababa de entrevistarla: la misma melena oscura por encima de los hombros, labios de un rojo igual que el de los focos, misma ropa e idénticas gafas.

—Por aquí —sonrió en su dirección para que la siguiese.

—Gracias —susurró más nerviosa aún, expectante por lo que sucedería.

La chica la llevó a una sala que parecía un camerino de una de las estrellas de cine que se veían en las pelis antiguas.

—Necesito que se desnude y se cambie la ropa que lleva —le pidió sin apenas mirarla a los ojos.

—¿No puedo llevar la mía? —preguntó mientras se cambiaba su ropa, un pantalón de vestir negro y una blusa a juego, por el ceñido vestido negro que la joven le tendió.

—No, al Herr le gusta que todas las candidatas vayan iguales.

Una vez hubo terminado de ponerse el apretado vestido, la chica la hizo sentarse para cepillar su melena dorada hacia atrás y recogerla en la nuca con un estudiado moño.

No podía dejar de preguntarse cuál sería el motivo por el que el Herr deseaba que todas fuesen vestidas de la misma manera.

—Le gusta que todas tengan las mismas posibilidades —explicó la chica, adivinando sus pensamientos.

—¿Qué hace que se decida por una u otra?

—Sólo el Herr lo sabe —sonrió la joven.

A continuación, recorrieron despacio un largo pasillo, al final del cual la chica abrió una puerta y la sostuvo para que ella pasara. Al hacerlo, dejó escapar el aire mientras la puerta se cerraba con un susurro, y luego caminó por el corredor iluminado que atravesaba la sala, cuya pared frontal era de cristal. Observó que todas las mujeres —ella era la última en llegar— medían algo más de metro setenta. Por lo poco que podía percibir tras el antifaz, que ahora era diferente

del primero y tenía las aberturas para los ojos muy estrechas, todas eran similares físicamente: delgadas pero con curvas, de pelo rubio o color miel, como la había clasificado la recepcionista, peinado hacia atrás en la nuca con el mismo recogido que ella. Al Herr debían de gustarle las mujeres con el pelo largo.

¿En qué basaría su elección si todas parecían versiones con sutiles variantes de una misma mujer?

Se dirigió a su sitio, el que le habían asignado, que resultó ser el más alejado de la puerta por la que había entrado. Caminó despacio, tratando de no rozar a ninguna de las otras, una tarea difícil, pues el antifaz, aparte de no dejarle ver con claridad, la incomodaba.

Sin más contratiempos, llegó a su sitio. Todo estaba sumido en un silencio sepulcral, tan sólo alterado por las respiraciones de sus compañeras, que, como ella, esperaban por algo desconocido.

Una necesidad apremiante de moverse y liberar la tensión acumulada se apoderó de pronto de ella y la obligó a dar un paso adelante para ver qué había del otro lado, tras el cristal, y entonces oyó una voz.

Suvoz.

—No te muevas —ordenó. La voz del hombre era ronca y a la vez clara, masculina, potente. Ella distinguió un leve acento que no fue capaz de reconocer.

Asintió sin saber qué más hacer, incapaz de pronunciar una sola palabra. No podría haber articulado ningún sonido de todos modos; el miedo la paralizaba, y ya no estaba tan segura de si debía continuar adelante a pesar de haber sido seleccionada o salir corriendo de allí...

Pero ¿podría? No lo creía, sentía sus piernas temblar y, de repente, eran pesadas, tanto que no creía tener la fuerza necesaria para levantarlas del suelo y echar a correr.

Agachó la cabeza y se llevó las manos al estómago. Algo se cocía en su interior lentamente, una mezcla extraña y a la vez familiar de deseo y miedo.

Oyó los pasos del hombre acercándose a ellas, amortiguados por la moqueta que cubría el suelo de la insólita habitación, donde esperaba para la última prueba.

Alzó un poco la vista y se dio cuenta de que las paredes, excepto la de cristal, también estaban cubiertas con la misma moqueta que el suelo.

Su desesperada imaginación se activó, tratando de hallar una posible utilidad a ese detalle, y se imaginó que estaban recubiertas por ese material suave para que el Herr no la lastimase cuando la apoyase contra ellas para embestirla con dureza, regalándole un placer salvaje como no había conocido jamás.

De hecho, ése era el motivo.

Por eso estaba allí, era su última oportunidad, el último recurso al que se le había ocurrido aferrarse para tratar de tener un orgasmo. Nunca en su vida entera, a pesar de haber mantenido relaciones sexuales, había logrado tener uno. Nunca.

¿La razón? Según el diagnóstico de su psicólogo —el mismo que después trató de llevársela a la cama para «sanarla» y al que no le agradó recibir un «no» por respuesta—, era una mujer reprimida, una mujer frígida y controladora que nunca iba a perder tanto el control como para disfrutar realmente del sexo.

En realidad, ella sabía el motivo, pero nunca había querido hablar con nadie al respecto. Tal vez algo estaba realmente mal dentro de ella y nunca iba a lograrlo.

Ésa era la razón por la que cada día se repetía una frase que una vez oyó o tal vez leyó, que rezaba: «No hay mujeres frías, sino hombres inexpertos».

Esa misma frase había sido el motivo —aunque quizá fuera ridículo— por el que se había atrevido a recurrir a ese local secreto al que muy pocas mujeres tenían acceso, La Elección. Un lugar donde te ofrecían la oportunidad de ser la elegida y poder pasar una noche con el Herr, que obraba maravillas en el cuerpo de las mujeres.

De nuevo, soltó un suspiro y todo a su alrededor dio vueltas, como si girase al igual que un tiovivo.

El murmullo de pasos se detuvo y sintió el calor que emanaba de ese hombre. Se le acercó tanto que la abrumó con su envergadura, su nariz se posó en su cuello para aspirar su perfume y acarició con ella su piel mientras absorbía su aroma.

Ella trató de mantener el tipo, de aguantar, pero cuando él apoyó una de sus grandes manos en su cintura con delicadeza, sintió un ramalazo de calor que dejó su pulso suspendido en el tiempo, congelado en ese momento mágico que no quieres que acabe nunca y, a la vez, deseas que termine para poder avanzar un paso más hacia el placer que ese simple roce promete entre susurros.

—No puedes hablar —murmuró el Herr junto a su oído mientras le acariciaba la espalda—, ni pedir nada. No puedes proferir ninguna protesta ni decir «no». No puedes elegir ni decidir, tan sólo tienes permitido dejarte llevar y disfrutar. ¿Lo has entendido?

—Sí —murmuró con la voz entrecortada.

—Buena chica —musitó él de nuevo contra su cuello.

Acto seguido, le pasó la lengua descaradamente por la clavícula y dio un leve mordisco sobre la tierna piel, justo donde el corazón latía agitado.

Ella jadeó por la sorpresa y la excitación mientras trataba de llevarse una mano al sitio afectado, un reflejo natural que él detuvo. El Herr la agarró con brusquedad de la cintura y la sacó de la extraña habitación.

—¿Por qué yo? —se atrevió a preguntar a pesar de su advertencia.

—Si te portas bien y me das todo el placer que creo que puedo obtener de ti y de tu cuerpo, quizá te lo diga, pero si vuelves a hablar, voy a tener que amordazarte, ¿entendido?

—Sí.

—Sí, Herr —la corrigió él.

—Sí, Herr —contestó ella mientras se dejaba guiar hacia lo desconocido.

Llegaron a la habitación tras recorrer un pasillo largo y estrecho, con las mismas paredes y suelos enmoquetados y desnudos que el resto de las estancias. El Herr cerró la puerta con llave y la llevó en brazos hacia la gran cama de sábanas oscuras, como todo lo demás, que estaba situada justo en el centro de la estancia.

La depositó con cuidado sobre ella, boca arriba, y desapareció de su vista unos instantes. El ambiente en penumbra no le permitía ver mucho; tan sólo había algunos puntos de luz rojiza. No podía moverse, y de nuevo le asaltó la duda sobre si se habría equivocado, sobre si debería estar ahí...

La extraña simbiosis entre terror y deseo apretaba su pecho impidiéndole respirar con normalidad, aunque la verdad era que lo de no poder hablar tenía sentido: el Herr no deseaba mantener una charla amigable, era lógico que prescindiese de algo tan burdo. Había pagado para pasar un proceso de selección y, después, si lograba superarlo, ser follada como nunca en su vida.

Entonces, ahora que lo había logrado, ¿por qué le apetecía gritar espantada y salir a toda prisa de esa habitación?

Había acudido precisamente allí para eso, para dar un giro a su vida monótona y gris, para añadir un toque de color, un rojo brillante que la excitase e hiciera que se sintiera, al menos por un momento, una mujer de verdad, no una muñeca rota que no era capaz de tener un simple orgasmo. Algo tan natural y sencillo como eso era para ella una misión imposible.

Oyó ruidos, pero no logró distinguir su procedencia.

—¿Tomas la píldora? —preguntó la voz, cortando así sus miedos.

—Sí.

—¿Sí...?

—Sí, Herr.

—Buena chica, no querría dejarte embarazada.

—¿No va a usar preservativo? —preguntó ella alterada.

—Te advertí, pequeña rebelde, que si volvías a hablar te amordazaría.

Y ése fue su castigo: el Herr se acercó y, con una larga y suave tira de seda, la amordazó. Supuso que debería estar asustada, sin embargo, el deseo que le provocaba ganaba al miedo, y sus muslos se humedecieron más aún.

Él se colocó a horcajadas sobre su cintura, apoyando parte de su peso sobre sus propias piernas para no hacerle daño. Al menos, respiró más calmada, parecía que lastimarla no era una de sus intenciones.

En esa posición, con los brazos paralelos a su cuerpo y sus piernas rodeándola, no podía moverse, estaba presa en una habitación, con un desconocido, sin poder gritar o defenderse, aturdida por ese aroma tan masculino y peculiar que desprendía y su voz tentadora.

¡Era de locos!

Las manos del Herr comenzaron a bajar los tirantes del vestido que llevaba la mujer hasta su estrecha cintura y dejaron a la vista la delicada y fina lencería de seda negra y con encajes con la que la habían vestido. Su favorita. Se le hizo la boca agua.

Lentamente, decidió saborear el momento, ese primer contacto que erizaba su piel y humedecía su sexo, nervioso ante la incertidumbre de si sería como esperaba, de si esa mujer desconocida sería la que volviese a hacerle sentir... algo. Un engaño a sí mismo, pues en realidad no deseaba sentir nada por nadie, nunca más. Sólo le gustaba la excitación que provocaba la ilusión pasajera, pues era consciente de que no volvería a permitir que sucediera

lo que ya ocurrió.

La boca del Herr se acercó a la de ella hasta que pudo percibir su aliento cálido y sus gemidos y jadeos se dispararon, sólo por tenerla cerca.

—Voy a follarte como nunca antes lo han hecho, voy a darte un placer sin límites, una pasión que no has conocido hasta ahora y que sólo podré procurarte yo —susurró.

Esas palabras hicieron que una lágrima acudiese a los ojos de la mujer. Era una realidad. Si el Herr lograba hacerle sentir un orgasmo por una vez, tan sólo una... —esa sensación mágica de la que las mujeres hablaban—, conseguiría lo que ningún otro hombre había podido obtener. Y, desde luego, estaba segura de que, si no lograba tener un orgasmo esa noche, habría perdido su última oportunidad.

El Herr se quedó inmóvil, observando cómo una lágrima resbalaba por la mejilla de ella, sin saber qué hacer. Hasta ese momento, en ninguna otra ocasión le había sucedido algo parecido. Ninguna de las mujeres que acudían a él lloraban. No deseaba verla llorar, sólo procurarle placer.

¿Estaría arrepentida? ¿Insegura? ¿Asustada?

Por lo general, todas las que iban allí para participar en ese juego misterioso eran mujeres adineradas, aburridas de sus vidas y cansadas de maridos que pasaban demasiado tiempo fuera tirándose a sus secretarias. Mujeres llenas de bótox y silicona en busca de una juventud eterna que tan sólo era real en su espejo Pero ella... era diferente: hermosa, joven... ¿Por qué lloraba entonces?

—¿Quieres que paremos? —se sorprendió diciendo.

La mujer negó con la cabeza, ya que no le estaba permitido hablar. Él sonrió complacido, no deseaba que acabase antes de que empezara. Era el único divertimento que se permitía. Sexo discreto, sin ataduras, algo que lo distraía de su auténtica y dura realidad. Sólo una noche, sin complicaciones, sin que supieran nada de él. Estaba hastiado de mujeres que se acercaban mostrando una curiosidad falsa por él, sólo interesadas por su dinero, su posición y su clase, por lo material que podían obtener de él.

Por eso había creado La Elección. No se le había ocurrido una mejor forma de ganar dinero y, a la vez, satisfacer sus fantasías sexuales sin tener que entablar conversación o tratar de parecer amable.

Bajó los labios dibujando la clavícula de la mujer y se perdió entre sus senos acariciándolos con reverencia, lamiendo el espacio entre ellos.

Ella dejó escapar un gemido ahogado por la mordaza. Le gustaba oírla gemir, retorcerse bajo su cuerpo.

El Herr lamió con avidez la tela del sujetador, pasando la lengua sobre la zona bajo la que se encontraba el pezón, erizado por la excitación, al igual que el resto de su delicada piel, que formaba pequeñas alteraciones por el deseo.

Le encantaba ese juego, su miembro palpitaba inquieto, hambriento.

Acarició con sus manos el cuerpo femenino que trataba de escapar y unirse a las caricias, pero no se lo permitió; era suya por esa noche y haría con ella todo lo que deseara.

Sacó su polla de los calzoncillos y la dejó reposando sobre el estómago de la joven, que, al sentirla, se contrajo por la excitación.

Bajo el antifaz, sus ojos se abrieron asombrados. El Herr volvió a sonreír complacido, le gustaba que las mujeres se sorprendiesen al verla.

Posó sus manos sobre los pechos y los apretó entre los dedos, ella jadeó. Su miembro, en respuesta, dejó escapar un pequeño hilo de fluidos que cayó sobre el estómago de la mujer.

Ella suspiró, deseaba que la hiciera suya, notaba su impaciencia bajo su cuerpo. Él no dejó de balancearse, de morderse el labio tratando de contenerse, se agachó y lamió la zona donde había caído parte de su simiente.

Presas bajo sus piernas, las manos de ella se aferraron a las sábanas, impotentes.

—Voy a permitirte participar, has sido una buena chica —murmuró mientras la liberaba del peso de su cuerpo y le quitaba la mordaza.

Asintió agradecida y levantó las manos, quería tocarlo, necesitaba tocarlo. Sus dedos se pasearon por su abdomen bien formado, por los muslos fuertes, acariciaron suavemente los hombros, el cuello. El Herr decidió dejarla; parecía ansiosa por tener más de él. Se levantó y la liberó.

Se sentía complacido. Por lo general, sus mujeres esperaban pacientes a que él hiciera todo el trabajo, sin embargo, ésta en particular, parecía tan hambrienta como lo estaba él mismo.

Al saberse libre, ella no lo pensó ni lo dudó. Sus manos recorrieron el cuerpo del hombre, su lengua lamió su pecho, su abdomen, la punta de su miembro, que palpitaba ante el inesperado contacto, haciéndole sonreír. No podía hablar, no podía decir no, pero ahora él le había dado carta blanca y, de momento, iba a aprovecharla.

Atacó el miembro viril, lamiéndolo voraz de arriba abajo y acariciándolo a la vez. Sorprendido, él no la detuvo, le estaba dando mucho placer. Se inclinó hacia atrás y se apoyó en los codos.

Ella siguió lamiendo y besando su polla y, de repente, estaba sobre él, agarrándola y penetrándose con ella. Un gruñido animal escapó de su garganta. Esa mujer estaba tan ávida y necesitada de caricias como él mismo. El Herr la agarró con fuerza y la levantó, la llevó hacia la ventana y, tras dejarla sobre el alféizar, la embistió sin piedad.

Sus cuerpos eran ahora sólo piel brillante por la excitación.

Los jadeos se mezclaban, las caricias, los besos. A ella, cada beso le robaba el aliento. Nunca se había sentido así, tan liberada de todo el peso que siempre portaba en silencio.

Ese hombre la había vuelto loca, o tal vez fuera por la situación, por la magia, el misterio... Aun así, no le importaba, no cuando estaba sintiendo algo extraño formarse en su interior, un pequeño huracán que amenazaba con arrasarla.

La boca del Herr se tragó cada gemido, cada jadeo, y eso parecía excitarlo. Aceleró las embestidas, la penetró tan profundamente que ella temió que destruyese su alma en una de ellas.

Los dedos de él se unieron al baile, acariciando su clítoris mientras seguía empujando sin piedad su sexo dentro del suyo. Y entonces estalló.

Se rompió en mil pedazos de placer, de deseo, emoción, dolor y alegría.

Gritó su nombre en la noche, en una oscura habitación desconocida, exhaló el placer que tanto tiempo había contenido en una sola bocanada.

El orgasmo la arrasó, la arrastró, la mareó, la devastó... de felicidad.

Tras el intenso placer que la obligó a cerrar los ojos, llegaron oleadas más calmadas pero igual de intensas mientras el Herr dejaba salir su orgasmo dentro de ella. Lo sintió, ese calor en su interior. Quemaba. Como su piel.

Las lágrimas regresaron; lágrimas de felicidad por lo que había sucedido, por el placer, pero también porque podía ser que no estuviese tan rota, que algunas partes de su cuerpo y de su alma tuviesen arreglo.

Agotada, se durmió en los brazos del Herr, que la llevó a la cama despacio mientras le acariciaba el cabello, todavía sorprendido por su reacción.

Temblaba. Hacía mucho que no temblaba por una mujer. Pero ella... parecía que lo había dado todo, a él, por primera vez.

La miró una vez más antes de irse asustado.

Ella abrió los ojos un instante y lo único que vio fueron unas alas grandes tatuadas en la espalda del hombre que la había salvado: el Herr.

Después de esa noche, nada fue igual para Paula. Cada suspiro iba dedicado al Herr, cada recuerdo era suyo, su presencia lo inundaba todo a su alrededor, y el deseo que había encendido en su interior no le daba tregua. Caminaba por la calle alerta, buscaba desesperada en los ojos de cualquier hombre un atisbo que le evocara sus ojos, de un azul intenso como el mar; era lo único de él que recordaba, junto con el difuso dibujo de esas alas tatuadas.

Ésos eran los dos detalles que la máscara le había permitido reconocer. Había pasado las últimas noches acompañada de su solitario consolador, tratando de emular las caricias que él le había prodigado a su sexo, que palpitaba por él, reclamándolo para sí.

Nunca antes había experimentado con ningún otro hombre un orgasmo, nunca. El Herr había sido el único en proporcionárselo, aunque le quedaba la duda de si había sido todo fruto de la excitación originada por la extraña situación que se había creado a su alrededor, y pensaba que tal vez, si desaparecía ese halo de misterio, entonces él no sería capaz de hacerla alcanzar el éxtasis de nuevo.

Temía que sólo en ese lugar clandestino donde se pagaba por la posibilidad de tener sexo pudiese alcanzar el orgasmo. Ese sitio, La Elección, en el que te hacían pagar una suma considerable de dinero tan sólo por tener la oportunidad de participar en el proceso de selección.

El reloj sonó avisándola de la hora y, perezosa, se levantó y dirigió su paso cansado hasta la ducha. Como una autómatas perdida en la nebulosa y densa capa de recuerdos que la envolvían desde que había estado con él, se vistió y bajó en el ascensor camino a su trabajo.

Como cada mañana, se detuvo en la cafetería donde desayunaba y pidió un café, que se tomó en la puerta del local, esperando que algún taxi se decidiese a llevarla.

Mientras aguardaba pacientemente en la parada, vacía de taxis a esa hora punta en la que todo el mundo parecía necesitar uno, su móvil vibró en el bolsillo de sus pantalones de sastre.

Al sacarlo, vio el mensaje de texto de su asistente, Amanda, a la que todos llamaban cariñosamente Mandy.

Jefa, tenemos chico nuevo en la oficina. ¡Y no veas cómo está!

Paula alzó una ceja extrañada. ¿Quién podría ser? Nadie le había comunicado nada, ni siquiera Mónica, su jefa. Aunque quizá era algo que no tenía que conocer antes que los demás.

El teléfono vibró de nuevo en sus manos y una foto apareció en pantalla, con un mensaje debajo:

¡Menudo culo, jefa!

Paula sonrió. La verdad era que el tipo de la foto tenía un culo digno de admirar. Contestó:

Ya llego, estoy esperando un taxi.

La jefa está esperando. Ten cuidado, el mono está que se sube por los árboles.

Paula se rio de nuevo. Mandy siempre conseguía que su boca se torciera de esa peculiar forma a la que no estaba muy acostumbrada.

«Mono» era el apodo con el que Mandy había bautizado a su jefa Mónica, porque siempre se iba por las ramas para todo. Una conversación con ella sobre algo que hubiese sucedido en el

día de hoy se convertía en un paseo por toda la historia de la humanidad.

Un taxi llegó en ese momento, Paula se subió sin acabarse el café y le indicó al conductor la dirección de su oficina. Durante el trayecto, no dejó de darle vueltas al asunto del chico nuevo. Quizá le hubieran dado el ascenso que ella ya había considerado como propio. Puede que él estuviese más cualificado, pero ¿quién iba a dedicarle a su trabajo tantas malditas horas del día y de la noche cómo lo hacía ella?

Entre sorbos de café y divagaciones, llegó a la oficina. El alto edificio gris repleto de gigantescas cristaleras le dio la bienvenida con su sonrisa burlona, esa que cada mañana le gritaba: «Eres mía, siempre regresas».

Pagó al conductor, al que despidió con una bonita sonrisa, y a media carrera subió los escalones del edificio. Al pasar por la puerta, dio los buenos días al portero, al tiempo que dejaba el vaso vacío de café en la papelera de la entrada.

Sin bajar el ritmo, llegó hasta la zona de ascensores. Subió al primero que llegó y, mientras esperaba alcanzar su planta, se preparó mentalmente para recibir las buenas nuevas o, quizá, no tan buenas.

Saludó a Karen, la preciosa y jovencísima chica de la recepción, que lograba que todo el mundo al verla se quedase con la boca abierta. Tenía una belleza salvaje, de esas que sólo parecen poseer las modelos de las revistas tras una sesión de Photoshop, pero ella era real y, muy consciente de su atractivo, lo utilizaba.

—Buenos días, Karen.

—Buenos días, señorita León.

—¿Algún mensaje para mí?

—Sólo que en cuanto llegase fuese directamente a la oficina de la señora Triunfo.

—Está bien, gracias. Buenos días.

—Buenos días.

Paula saludaba a sus compañeros mientras caminaba hacia el despacho de su jefa. No sabía si era cosa de su imaginación o si todos la miraban de una forma rara. ¿Tal vez... fueran capaces de percibir que por fin había tenido un orgasmo con un hombre? Un escalofrío sacudió su espina dorsal, pero enseguida desechó ese pensamiento. No era posible que alguien la hubiese visto en ese local, eran sumamente discretos.

Llamó suavemente a la puerta y abrió sin esperar confirmación. Su jefa hablaba con un hombre del que sólo veía la espalda mientras ambos miraban por la ventana. ¿Le estaría mostrando las vistas?

Desde luego, la foto de Mandy no le hacía justicia: tenía un culo imponente, de esos que te obligan a girarte para volver a verlo.

Ahora que lo pensaba, Paula no había llegado a ver a Mandy en su mesa, probablemente estuviese fumándose un cigarrillo.

El chico nuevo iba vestido de forma impecable, llevaba un Armani que le quedaba como anillo al dedo; sus manos, en los bolsillos del pantalón, hacían que éste se pegase más a sus glúteos prietos.

Involuntariamente, Paula se mordió el labio inferior. Si el tipo tenía el resto del cuerpo como el culo, iba a ser todo un escándalo en la oficina, ya que la mayor parte del personal —algo así como el ochenta y cinco por ciento— eran mujeres.

Un cóctel explosivo: un tío bueno y hormonas femeninas alborotadas. Aunque Paula estaba segura de que Karen iba a ser la primera que probase un trozo de ese pastel, si es que lo había visto.

—Buenos días, Mónica, ¿querías verme? —dijo en un tono más bajo e inseguro de lo que deseaba.

—Buenos días, Paula —contestó ésta sonriendo—. Sí, quería verte. Te presento a Sasha Petrov,

pasará un tiempo con nosotros.

—Paula León, encantada —se presentó mientras le tendía la mano al chico.

Al hacerlo, no pudo evitar mirarlo a los ojos. Eran de un azul intenso, y le trajeron recuerdos de la mejor noche de su vida. Su noche junto al Herr.

Sonrió tratando de apartar la alocada idea de que se trataba del mismo hombre. Sólo era una coincidencia sin importancia, muchos hombres tenían los ojos azules, y era algo más frecuente aún entre los que venían de países como Rusia. De todas formas, su musculatura, su altura..., ¿eran similares?

No podía estar segura, su visión había sido muy limitada a causa del antifaz. Además, no había observado en él ningún gesto de reconocimiento.

Fuese o no él, las rodillas le temblaron como juncos al viento. Sasha se acercó a ella y sostuvo sus manos entre las suyas. Su paso decidido, su mirada seductora y profunda le recordaron a un predador preparando el terreno para la caza. Sin que se lo esperara, se llevó la mano de Paula hasta los labios y dejó un beso sobre los nudillos, humedeciéndolos.

Y los muslos de Paula también.

Lo observó detenidamente, su piel bronceada estaba cubierta por una leve capa de vello oscuro con algunos hilos plateados, al igual que su cabello. Estimó que debía de rondar los cuarenta, pero eso no le restaba atractivo. De hecho, lo hacía más interesante aún.

Paula percibió su cuerpo marcado seguramente por las horas dedicadas en el gimnasio pero, fuera como fuese, el traje le sentaba tan bien que lo único que le apetecía era arrancárselo a mordiscos.

—El placer es mío —susurró con su leve acento ruso mientras la miraba.

Sasha no podía estar seguro, pero tenía la impresión de que ésa era la misma mujer de hacía unas noches, la que lloró y se entregó a él sin guardarse nada dentro.

Se sentía atraído por ella, era exactamente su tipo de mujer, pero eso no lo sorprendió. Le gustaban justo así, altas, delgadas pero con formas, con el cabello largo y de un tono ceniza... Aunque le pusiera el antifaz y el vestido negro, seguiría sin poder estar seguro.

De todas formas, se alegraba de que ella fuera la elegida para pasar el tiempo que tenía que permanecer obligatoriamente en la empresa.

Observó su esbelta figura, sus curvas perfectas, su rostro ovalado de grandes ojos oscuros, sus labios rosados...

Finalmente, apartó la mirada. Tenía que ser profesional, pero ella se lo ponía difícil, le suplicaba con los ojos que le hiciera el amor allí mismo.

Le recordaba demasiado a esa deliciosa mujer que lo había dominado y a la que no había podido quitarse de la cabeza, hasta el punto de que había llegado a plantearse romper su regla de «sólo una vez, sólo una noche» con ella, esperanzado de que regresara a por más.

No podía saber si la reconocería de nuevo, pero creía que, si se presentaba otra vez en la sala, sería capaz de localizarla por su forma de comportarse.

Sasha acarició la idea de que ambas fueran la misma mujer. Le gustaría volver a disfrutarla; esa mujer se había entregado sin reservas y lo había dejado realmente satisfecho. No había podido dejar de recrearla sobre él, usándolo para su propio placer...

Se reprendió en silencio por dejarse llevar en el trabajo, los pantalones le apretaban justo donde su erección crecía y palpitaba. Si se descuidaba, humedecería el pantalón.

Tuvo que calmarse, aunque lo que de verdad le apetecía en ese momento era tomar a Paula, maniatarla, amordazarla, llevarla al baño y follársela, para comprobar si con ella sentía lo mismo que con su amante de La Elección, que había logrado llenarlo y vaciarlo a la vez. Deseaba saber si Paula sería capaz de dejarlo tembloroso y con ganas de más.

—Ahora que os conocéis —intervino Mónica, devolviéndolo a la realidad—, me gustaría informar a Paula de tu misión aquí. Vais a trabajar codo con codo. Me marchó, Paula, me

trasladan a las oficinas de París.

—¿Cómo es eso, Mónica? ¿Te vas?

—Va a haber reestructuraciones en la plantilla, Paula, y me han ofrecido un puesto en París. No he podido rechazarlo. Mientras dura el proceso de evaluación, estarás bajo las órdenes de Sasha.

—Así que será mi nuevo jefe...

—No, sólo trabajaréis juntos. Él te evaluará, no sólo a ti, sino a toda la plantilla. La empresa ha presentado un ERE. Algunos van a ser despedidos; otros, transferidos, y los demás permaneceréis aquí. Sasha te valorará como posible candidata a ocupar mi puesto: si da el visto bueno, el puesto es tuyo. Si lo quieres, claro —sonrió Mónica.

Paula los miraba confusa. Así que su jefa se marchaba, y ella, para obtener el puesto, debía pasar algún tipo de evaluación por parte del chico nuevo... Era feliz por la posibilidad, sin embargo, el hecho de pasar con ese hombre varias horas al día la turbaba. No se imaginaba cómo iba a lograr sobrevivir estando a su lado todo el día si no era capaz siquiera de respirar cuando se acercaba a ella.

La extraña sensación de que podría ser él rondaba por su mente como una molesta mosca que zumbaba a su alrededor. Lo más efectivo sería poder ver su espalda desnuda, pero ¿qué excusa inventaría para que eso sucediera?

Lo último que deseaba era que, si él no era el Herr —el hombre que le había regalado la mejor experiencia sexual de su vida y su primer orgasmo—, pensara que buscaba llevárselo a la cama tan sólo para pasar el examen al que iba a someterla. Además, el hecho de que para Paula hubiese significado tanto no era ninguna garantía de que, para él, ella no fuese otra más de su larga lista de mujeres de una noche.

Probablemente, para el Herr no hubiese tenido el mismo significado profundo que para ella. De nuevo miró sus ojos azules y, por un momento, le pareció advertir que se habían vuelto turbios, que cambiaban a un tono de azul más oscuro, como si encerraran una tormenta a punto de estallar.

Sasha se disculpó. Debía hacer una llamada de teléfono y las dejó solas unos minutos, aunque en realidad lo que necesitaba era alejarse de esa mujer, que no dejaba de evocarle a la otra. Incluso estaba pensando en romper el pacto de confidencialidad y tratar de encontrarla. Conocer su nombre y poder ir a su casa, a verla, aunque fuese desde lejos. Tratar de ponerle rostro. Cabeceó molesto y se alejó todo lo que pudo de ese despacho en el que sólo podía pensar en tener sexo.

Ambas mujeres no podían apartar la vista del hombre, y lo observaron embobadas mientras salía.

—Mónica, no puedes irte —suplicó Paula una vez que se hubieron quedado a solas.

Nunca se habría imaginado rogando a su jefa que no se marchase, cuando la recompensa era heredar el puesto por el que habría matado días atrás.

—No puedo rechazarlo, no me han dado otra opción. Necesitan allí a alguien que sepa de qué va el negocio. Además, hablo francés con fluidez. Eso los ha animado a contar conmigo para el puesto, y aquí no hay sitio para las dos. Sasha es un buen hombre, tiene mucha experiencia, sólo es una evaluación rutinaria para descartar a los menos aptos. No te preocupes, el puesto es tuyo. Te lo has ganado a pulso, has trabajado mucho para conseguirlo.

—He aprendido de la mejor —murmuró ella.

—Gracias, Paula —sonrió su jefa—. Ahora sal ahí y ve a por ello. Es tu sueño, por lo que has luchado desde el primer día que pisaste este despacho rogando una oportunidad. No tengas miedo: has sacrificado mucho y ahora llega la recompensa.

—Aun así...

—Yo también te echaré de menos... Sasha es..., bueno, ten cuidado. No sé si te has dado cuenta de lo atractivo que es. Mantente alejada, puede absorberte el cerebro. Tiene un carisma natural que te atrapa sin que te des cuenta.

Paula observó a su jefa. Mónica era tan alta como ella y su figura también era similar, aunque trabajando en una revista de moda era lo que se esperaba. Se preguntó por un instante si ella conocería La Elección, si habría pagado para obtener placer en los brazos del Herr, y también se preguntó si habría estado involucrada con Sasha. Parecía conocerlo muy bien, como si supiera algo que no debía decir.

—Sí, supongo que ya habrá captado la atención de Karen —bromeó.

—¿Estás celosa? —sonrió Mónica.

—No, por supuesto que no —repuso, aunque era consciente de que mentía.

Se despidió de Mónica y salió del despacho. Se dirigía a su mesa cuando las manos de Sasha la detuvieron en mitad del pasillo agarrando su cintura, como el Herr.

En ese instante se vio de nuevo en la habitación oscura, tan sólo iluminada por tenues luces rojizas, y recordó la ventana. Sus bragas se mojaron tanto que temió que la humedad traspasara la tela de su pantalón. Ahora agradecía haber escogido uno en un tono gris oscuro.

Expectante y ruborizada por los pensamientos que rondaban su cabeza, agachó la mirada para no tener que enfrentar la de él.

—Acompáñeme, señorita León —ordenó.

Paula lo miró sin poder decirle que no. Ahora él sostenía las riendas de su futuro profesional.

—Por supuesto —contestó seria, siguiéndolo.

Sasha no entendía por qué ella se quedaba atrás. En otras circunstancias, le habría agradado esa muestra de sumisión, pero no en el trabajo. Allí eran iguales.

Se detuvo y la esperó. Paula comprendió que la quería a su lado y se dio prisa en ponerse a su

altura. Al llegar junto a él, Sasha pasó de nuevo la mano por su cintura, aunque esta vez no fue sólo un roce, sino que no parecía tener la intención de soltarla.

—Quiero que me enseñe las oficinas —le pidió.

—Lo haría encantada, señor Petrov, pero tengo una reunión dentro de unos minutos...

—Eso puede esperar, yo no —la interrumpió con la autoridad que le daba saber que todos allí estaban a su merced.

Eso le agradó a Paula. Podía ver que era un hombre controlador, acostumbrado a manejarlo todo, y ese control le gustaba. A lo largo de su vida había conocido a muchos hombres con su misma actitud, aunque debía admitir que no poseían el carisma y el atractivo del ruso.

—Como ordene, señor —musitó.

Era consciente de que se lo jugaba todo a una carta y no deseaba comenzar una batalla contra la persona que podía ayudarla a conseguir el sueño por el que tanto había luchado o destrozarla si le apetecía.

Al oírla, él abrió los ojos complacido. Le había gustado más de lo necesario que Paula le respondiese de la forma en que lo había hecho, aunque sospechaba que no era en realidad tan contenida, que lo hacía porque sabía lo que estaba en juego. Chica lista.

Era consciente de que la tenía atrapada en su red, era una presa enredada en la tela de araña, y él sabía aprovechar todas las oportunidades que se le presentaban para lanzarse sobre ellas.

Se imaginó el juego entre ambos. ¿Caería? ¿Se sacrificaría una sola noche por el trabajo que tanto anhelaba o su ética la empujaría a rebelarse a costa de su sueño? ¿Dónde estaría su límite?

No lo sabía, no la conocía, pero de repente el tedioso trabajo que tenía que realizar y que tan poco le gustaba se había convertido inesperadamente en algo atractivo, e incluso podía llegar a ser algo muy placentero.

Paula le mostró cada rincón de la planta que pertenecía a la empresa. Durante el recorrido, el ruso no dejó de tocarla «accidentalmente»: en la espalda mientras ella le enseñaba la sala de reuniones donde decidían qué artículos eran aptos para el número de ese mes; en la cintura cuando le mostró la habitación que usaban para las fotos de portada; un roce contra su cadera dejando claro que su miembro estaba listo por si quería usarlo cuando se detuvo ante la sala de personal...

Paula decidió poner fin a la atención que había despertado en su examinador sin pretenderlo. Había llegado la hora de usar la artillería pesada, así que decidió presentarle a Karen.

Estaba segura de que el ruso no podría apartar los ojos de esa mujer de cabellera larga y espesa color azabache, con unos increíbles ojos verdes, labios llenos, figura escultural..., y estaba segura también de que a Karen el ruso no le sería indiferente. En realidad, ¿a qué mujer no le llamaría la atención un hombre guapo, alto y fuerte?

Como había supuesto, Karen cambió su mirada amable por una de perversa satisfacción, llena de promesas de placer ocultas, en cuanto vio a Sasha.

Paula los presentó pero, para su decepción absoluta, el ruso sólo le prestó la atención justa que merecía por cortesía. No parecía haberse dejado seducir por la impresionante Karen.

A continuación, él la alejó hacia la puerta, dejando a Karen decepcionada y, de paso, a ella también.

—Lo siento, Paula, pero no te ha servido de nada. Ella no es mi tipo. Tú sí —murmuró acercándose más de lo que sería respetuoso.

Después de esas palabras, se marchó, dejándola temblorosa y expuesta. Al parecer, a pesar de todo, también era un hombre inteligente.

Paula regresaba a su mesa pensando en todo lo sucedido y en el atractivo de ese hombre cuando se encontró con Mandy, que la miraba molesta por encima de sus redondeadas gafas, tan similares a las de la recepcionista de La Elección.

—¿Qué sucede? ¿Por qué me miras así? —preguntó con la confianza que se profesaban.

—Así, ¿cómo? —contestó Mandy indiferente.

—Como si fuese la responsable del fin del mundo...

—No me pasa nada, sólo que le has presentado a Karen *alchico nuevo de culo imponentey* no has sido capaz de presentármelo a mí para que le echase un buen vistazo de cerca.

Mandy era un encanto. Con su melena rizada oscura siempre alborotada, sus cuatro pecas sobre la nariz y sus cinco kilos —imaginarios— de más, siempre la hacía reír. Era diferente de las otras chicas, parecía ser la única realmente satisfecha con su trabajo y siempre estaba de buen humor. No se molestaba en ir estrictamente a la moda como todas las demás, tenía un aire... a lo Mandy.

—Ven, vamos a tomarnos un café —pidió Paula mimosa.

Su asistente se hizo la remolona y ella tuvo que medio arrastrarla hasta la sala de personal, donde se sentaron en cuanto Paula hubo preparado dos cafés bien cargados y sin azúcar.

—A ver, esto no puede salir de aquí, será algo entre tú y yo. ¿Vale?

—Está bien, soy una tumba —susurró Mandy, abandonando su enfado para dejar sitio a la curiosidad que Paula había despertado en ella.

—Éste es el caso: Mónica se va...

—¡Entonces tú vas a ser la nueva jefa! —gritó Mandy, interrumpiéndola—. Lo sabía, lo sabía, te lo mereces..., y yo... ¡yo voy a ser la secretaria de la jefa! Es la bomba —rio dando pequeños saltitos sin levantarse de la silla.

A Paula no le quedó más remedio que sonreír, contagiada por la alegría que mostraba su asistente antes incluso de saber toda la historia.

—Espera, Mandy, hay más.

—No, no, no me lo digas, déjame adivinar... ¡El chico nuevo de culo imponente va a ser tu esclavo sexual como bonificación por objetivos! ¡Dime que es eso! ¡Necesito que me digas que he acertado!

Paula rio de buena gana. Mandy y su extraña forma de armar puzles.

—No, no es eso..

—Oh... Pero molaría, no me digas que no. ¡Está para agarrarlo y menearlo hasta dejarle la leche a punto de nieve!

—¡No seas ordinaria!

—Es la verdad, jefa, cuando lo vi esta mañana y me miró, mis bragas se mojaron tanto que todavía siguen húmedas...

Paula pensó que en realidad era una gran forma de explicar lo que ese hombre provocaba en las mujeres, burda, pero la más acertada.

—Supongo que es un hombre muy atractivo —confirmó—. Ahora, ¿vas a dejarme que te lo cuente todo sin interrumpirme otra vez?

—Vale, jefa.

—Él está aquí para evaluar al personal, han presentado un ERE.

—¿Eso significa...?

—Sí, algunos van a ser transferidos, como Mónica, la han destinado a París; otros serán despedidos, los que consideren menos aptos.

—¿Y tú? ¿Y yo?

—Yo estoy a prueba: si la paso, me darán el puesto de Mónica.

—Y ¿qué tipo de prueba es? ¿Qué tienes que hacer? Dime que acostarte con él, dímelo...

—No..., no es eso, espero que no. Quiero que me evalúen por mis capacidades...

—Eso está hecho, no creo que haya nadie que vaya a desempeñar el papel de redactor jefe como tú. Es más, te diré, y no es que te esté haciendo la pelota, que me encanta trabajar para ti y me encantaría ser tu secretaria. Ya lo estoy viendo: «Mandy, secretaria de la jefa».

—Hay que aguardar a ver cómo se desarrollan los acontecimientos, pero bueno, esperemos que todo salga bien.

—Si tienen que echar a alguien, que echen a Karen.

—No seas mala.

—Ella es la que más fácil lo tendrá a la hora de encontrar otro trabajo... El resto, las que no somos como ella, tenemos que demostrarlo más.

—Pues si te digo la verdad —dijo Paula bajando más la voz—, él no le hizo caso...

—¿No le hizo caso? ¿Ese tipo es ciego...?

—No, es sólo que me gusta otro tipo de mujer. —La voz cortó el aire entre ellas.

Paula no era capaz de girar la cabeza, no quería saber dónde estaba, ni deseaba averiguar cuánto tiempo llevaba allí, escuchándolas... ¿Habría oído lo que Mandy había dicho acerca de batirlo... o menearlo? Ahora no era capaz de recordar cuáles habían sido sus palabras exactas... ¿Habría oído lo de las bragas? ¿La habría oído confesar que pensaba que era atractivo?

—Amanda, ¿verdad?

—Sí... —balbuceó ella.

Sasha cogió la mano de Mandy entre las suyas y la miró con intensidad. Parecía una pose estudiada y, al verlo, Paula creyó que no es que hubiese sido algo especial para con ella, sino que trataba a todas las mujeres de la misma forma.

—Te llaman Mandy cariñosamente, treinta y cuatro años, soltera, titulada en secretaría ejecutiva, hablas dos idiomas, francés como segunda lengua porque tu padre es francés, e inglés. Viviste en Londres un año trabajando en el pequeño hotel Elizabeth, cerca de Victoria Station.

—¡Guau! —acertó a decir ella.

—No te preocupes demasiado, de momento no estás en la lista de posibles despedidos.

—Gracias —murmuró roja como una amapola.

—Y ahora, si no te importa, necesito hablar con Paula un momento a solas...

—Sí, sí, claro, señor, ahora mismo regreso a mi trabajo...

—¿Señor? Puedes llamarme Sasha: hay confianza, ya me has... ¿agitado?

Sasha sonreía sin parar al ver a las dos mujeres azoradas, y por la mirada de Paula supo que sabía que él había oído la parte en la que ella había reconocido que era atractivo.

Le había gustado oírsele decir; tal vez tuviese la oportunidad de probarla, aunque fuese una vez, sin tener que forzarla llevándola al límite. Sin embargo, la sola idea de tentarla y dejarla con ganas de más era tan seductora que no podía asegurar que no fuese a probarlo.

Paula se levantó. Ya no le parecía una buena idea estar sentada y creyó que podría defenderse mejor de pie, pero ¿defenderse de qué?

—Hasta luego —murmuró Mandy mientras escapaba de la sala y la dejaba sola con él.

—Lo siento —empezó a disculparse Paula—, es muy buena chica, aunque a veces, un poco malhablada.

—No te disculpes —susurró Sasha acercándose a ella, que había topado con la gran mesa que había en el centro de la sala—, no me ofende lo que ha dicho: sé que las mujeres me encuentran... atractivo —sonrió, usando la palabra que ella misma había utilizado.

Paula estaba acorralada, la mesa le impedía moverse, y sobre ella tenía el cuerpo de ese

hombre que la atraía salvajemente, sintiendo el calor del sexo masculino que rozaba el suyo, sutilmente, aunque ese toque era suficiente para hacerla jadear.

El calor entre ambos era tan espeso que podía verse, y todo empeoró cuando el ruso agarró un mechón de su cabello y lo acarició despacio, dejando que la imaginación de Paula volase y la hiciera desear esa mano sobre su cuerpo y esa caricia sobre su piel desnuda.

—Sasha, que crea que eres atractivo no significa que desee batirte —contestó sonriendo.

Intentó hacerlo liviano para que la tensión se rompiera entre ambos, de lo contrario, se temía que iba a caer y no quería acostarse con el hombre que dirigía ahora su futuro.

—Es una pena, Paula, porque me muero de ganas de saber qué es eso de «batir mi leche hasta el punto de nieve» —murmuró él tan cerca que su aliento la mareó.

Paula se prometió matar a Mandy y cerró los ojos para contenerse. Entonces comenzó a sentirlo, se acercaba más y más, notaba su miembro endurecido golpear su sexo, que no dejaba de pedir que lo aliviasen. Su respiración se contrajo, el estómago le daba vueltas, sentía que se mareaba, pero sobre todo esperaba que él la besara. Lo deseaba.

Sus manos apoyadas en la mesa, las de él a su lado, rozándola, su cuerpo sobre el suyo abrumándola y el deseo ardiente que despertaba en ella la hicieron anhelar que la besara. Su cuerpo lo reclamaba, lo necesitaba dentro, necesitaba ese beso para saber si podía tener una oportunidad.

Gimió atenta, esperando que llegase. Sin embargo, el frío se coló de repente por su ropa y tocó su alma. Estaba sola en la sala, Sasha se había ido.

Paula jadeaba tratando de respirar con calma. Ahora mismo estaba en un estado que sólo el Herr sería capaz de aplacar.

El resto del día, Paula no pudo hacer nada más que tratar de esconderse de Sasha. Su cuerpo no dejaba de exigirle un alivio que sabía que sólo encontraría en los brazos del Herr.

Así pues, al llegar la noche, y desesperada por volver a notar la sensación que dejaba el orgasmo tras de sí, acudió a La Elección de nuevo. A ese paso, su cuenta corriente iba a verse mermada, pero ¿para qué quería el dinero si no era para procurarse placer? Y ¿qué mayor placer que el que ese hombre le había regalado?

La chica encargada del pago, de los datos y de prepararla, le advertía mientras cogía el sobre que contenía los quinientos euros que el Herr nunca había escogido a la misma mujer más de una vez, pero Paula sentía que, si tenía una sola oportunidad, por pequeña que fuese, de ser de nuevo la elegida, merecería la pena.

Si no, al menos se conformaría con saborear el instante en que él la iba a tocar y la iba a oler, aunque después la rechazase.

La chica suspiró y cogió el dinero. No era necesario volver a hacer todo el proceso porque Paula ya había pasado la primera selección y, además, ya tenían todos sus datos.

Tras el mismo ceremonioso ritual, se encontró de nuevo en la sala de la pared de cristal, tras la cual el Herr las observaba.

Tenía la sensación de que era como la repetición de un sueño, como si reviviese de nuevo esa noche, y rezaba porque acabase de la misma forma. Quería el mismo final. No podía estar segura de que para él hubiese significado algo su noche con ella, pero de lo que estaba convencida era de que tenía que hacer algo para que supiese que era ella, darle una pista.

Así que se le ocurrió hacer lo mismo que la primera vez que había estado allí e intentó dar un paso al frente.

—No te muevas —ordenó su voz al otro lado de la sala.

El Herr no podía creerlo. ¿Aquella mujer había regresado? ¿Sería posible que para ella hubiese significado también algo más...?

Al verla, supo que era ella. Aun así, parecía que había intentado hacerle una señal, ¿o tal vez lo había imaginado? No, estaba seguro, ella había tratado de moverse, igual que la primera vez.

Sonrió de satisfacción. Ella lo deseaba tanto como él a ella. Se distinguía entre todas a pesar de ir vestida y peinada como las demás. Era la más hermosa de todas, había algo en ella que brillaba..., ¿esperanza tal vez?

Probablemente.

¿Por qué habría vuelto? ¿Quizá la había dejado insatisfecha la primera vez?

El Herr curvó su boca en una sonrisa vanidosa, sabía que eso no era posible: ella había gritado su nombre, se había deshecho en miles de gotas entre sus brazos. Ninguna podía resistirse a su magia, todas quedaban satisfechas, a pesar de que su cuerpo siempre quedaba hambriento, ninguna lo llenaba de verdad, de ahí el negocio. Había inventado una forma de lucrarse a la par que satisfacía su cuerpo mediante el sexo, sin explicaciones, sin volver a verlas, sin dar de nuevo la oportunidad a nadie más para romperle el corazón.

Aunque eso no importaba, puesto que ya no tenía.

Lo había dejado hecho añicos en el suelo del dormitorio en el que la había descubierto con otro hombre, en su propia casa. En su propia cama.

Lo peor de aquello fue que no tuvo la oportunidad de desahogarse, de golpear a ese maldito cabrón, que resultó ser su propio padre.

Ese mismo día se marchó de la casa, renunció a su herencia, abandonó su país y se hizo a sí mismo. Ahora podía presumir de que su fortuna era superior a la de su padre.

Ese día perdió mucho más que su corazón: perdió el futuro que había imaginado y también a su familia. No quiso volver a saber nada más de ellos. Para él estaban muertos y enterrados. Y así seguirían, era lo mejor para todos.

La cicatriz en su mano perduraría para siempre, al igual que el recuerdo, por eso había tenido que irse lejos a pelear con cualquier incauto que tuviese ganas de recibir unos cuantos golpes. Había estado a punto de perderse, casi había matado a aquel hombre; lo había detenido el dolor que se había abierto paso a través de la furia y le advirtió de lo que estaba a punto de hacer, con la sangre que brotaba de su mano. Sostenía con tanta fuerza la navaja que pretendía clavar en el hombre que cortó la palma de su propia mano.

Al darse cuenta de lo que casi había hecho, dejó caer el arma en el suelo y se marchó. No había regresado desde entonces, ni lo haría. Jamás. Esa parte de su pasado permanecería enterrada lo más lejos y lo más hondo posible.

El Herr se levantó y se dirigió a la sala. La elección estaba en marcha.

Entró y observó a las mujeres. El pulso en el cuello de una acelerado por la incertidumbre, los latidos ahogados de otra, los jadeos por las caricias...

Se paseaba entre todas, las analizaba una por una mientras se repetía que no iba a elegirla de nuevo. Llegó su turno y se aproximó a ella. Su aroma lo atraía con fuerza y se acercó para aspirarlo. Era exquisito, como ella, y le hizo la boca agua provocándole una erección al recordar cómo se retorció de placer entre sus brazos, cómo arrugaba las sábanas entre sus manos...

Acarició su cuello y ella lo agradeció con un jadeo.

«No voy a elegirla», siguió repitiendo en su mente.

Se alejó y se llevó a otra.

Todas las ilusiones de Paula se habían disuelto en un instante, tenía ganas de llorar, nunca antes se había sentido tan decepcionada... Había perdido la oportunidad, su oportunidad de saborear de nuevo la pasión que te arrastraba tras el orgasmo, que te dejaba exhausta y te alejaba de todo, de todos, incluidos los recuerdos.

Suspiró. Al menos, ese roce había despertado el volcán que había derramado su lava dentro de ella.

Una vez que hubo asumido que no era la elegida, se secó la solitaria lágrima que había resbalado de sus ojos y había humedecido el antifaz, dispuesta a marcharse.

Sin embargo, la puerta se abrió de nuevo y la chica que la había acompañado hasta allí regresó. Paula la observó sin saber qué sucedía, su melena corta, lisa y tan oscura como el negro de su vestido, tan parecido al de ella. Su figura bonita, su boca de un rojo deslumbrante, su seguridad...

—Enhorabuena, señoras, el Herr ha elegido a otra —anunció la chica—. Parece que esta noche está realmente hambriento.

A continuación se paseó alrededor de ellas, una burda imitación del Herr, y dejó que cada una se imaginase que iba a ser la nueva elegida. Todas esperaban con el corazón latiendo a mil que la mano de la chica se posase sobre sus hombros.

Los instantes se hacían eternos y Paula aguardaba con los ojos cerrados, orando. Al fin los abrió, feliz. Había vuelto a elegirla.

—Felicidades —susurró la mujer mientras la acompañaba—. Es la primera vez que sucede.

Paula no dijo nada, tan sólo la siguió tratando de disimular la satisfacción que el hecho le había provocado.

Llegaron a la habitación recorriendo el mismo pasillo que noches atrás. La chica abrió la puerta y le indicó, con un gesto de su largo y delgado brazo, que podía pasar.

Cerró la puerta una vez que Paula entró y se marchó.

A tientes, sin apenas luz, ella se adentró en la habitación.

—Siéntate —ordenó la voz del Herr en la estancia.

Paula no dijo nada, tan sólo obedeció dirigiéndose hacia un punto de luz roja, debajo del cual la esperaba un sillón oscuro.

Se sentó esperando la siguiente orden. Pensó que por una vez era agradable dejar que decidiesen por ella y, además, la autoridad que él desprendía, su seguridad... la excitaban.

El Herr caminó hacia ella, se colocó a su espalda y se arrodilló.

—Veo que has vuelto a por más, ¿no tuviste bastante? —murmuró mientras ataba sus manos a la espalda, obligándola a abrazar el respaldo del sillón—. Ahora, disfruta del espectáculo.

Paula, confusa, no entendía qué sucedía, ¿por qué la ataba? ¿Qué era lo que pretendía hacer? ¿Qué clase de espectáculo?

No pudo evitar sentir algo de desazón, un leve escalofrío que se apoderó de su cuerpo.

El Herr se levantó y se dirigió al rincón más apartado de la habitación, donde apareció la otra chica que había elegido antes que a ella. Las dudas la incomodaban, ¿qué se suponía que iban a hacer? ¿Un trío?

La chica se acercaba gateando, el Herr la llevaba atada con una correa alrededor de su cuello, como si fuese su mascota. La mujer ya no llevaba el vestido, sólo la ropa interior, que era igual que la de ella. Se parecía tanto a esa extraña que por un momento Paula creyó que estaba viéndose a sí misma.

El Herr soltó el pelo recogido de la otra chica y lo acarició, para desenredarlo con los dedos.

Había algo oscuro en la situación que excitaba a Paula, sentía la humedad entre sus piernas cada vez más espesa.

En el espacio donde se desarrollaba la escena había una silla como único decorado. El Herr levantó a la chica del suelo e introdujo el asa de la correa por una de las patas de la silla.

—No te muevas —le ordenó, y ella se quedó quieta al instante.

Durante un momento, desapareció de la vista de Paula. El miedo regresó y ella deseó poder llevarse las manos al estómago y salir corriendo, pero no era una posibilidad: estaba atada. ¿Qué iba a suceder a continuación? ¿Merecía tanto la pena un orgasmo a cambio de esa incertidumbre?

A los pocos segundos, él reapareció llevando en su mano... una fusta.

Se acercó a la otra chica, que lo esperaba a cuatro patas como si fuese una perra en celo, y golpeó su trasero con fuerza, lo que la hizo gemir.

¿Había gemido? ¿No había sentido dolor?

El Herr miró a Paula y se percató en ese instante de que en realidad la que había gemido había sido ella. La había excitado contemplar la escena.

A continuación, los golpes suaves se sucedieron, él se había colocado de rodillas detrás de la mujer y, tras cada golpe de la fusta, le dedicaba un beso, una caricia, un roce con su lengua húmeda... Cada vez que la premiaba, miraba con intensidad a Paula, que jadeaba alterada.

La humedad que destilaba su cuerpo parecía suficiente para formar un charco a sus pies, el vestido iba a quedar inservible, pero a ella no le importaba. En realidad no le importaba nada más que participar de una vez en el acto. Ansiosa, trataba de suplicar su deseo con sus ojos casi ocultos por el antifaz.

—¿Te gusta? —preguntó el Herr y, aunque la otra chica fue la que contestó, Paula tenía la extraña sensación de que la pregunta iba dirigida a ella.

Asintió sin mover los labios. El Herr se levantó, obligó a la chica a ponerse en pie también y luego la colocó de rodillas sobre el asiento de la silla.

El trasero redondeado de la otra mujer quedaba expuesto a la mirada de Paula, que pudo contemplar algunas zonas enrojecidas a través del encaje suave de la ropa interior. El Herr ordenó a la chica que bajara la cabeza y pusiera los brazos hacia abajo, colgando laxos sobre el respaldo de la silla. Paula sólo podía ver su espalda y su trasero, que ahora reposaba sobre sus propias piernas.

Él se acercó entonces a Paula, que esperaba su turno en tensión. Lo deseaba como nunca antes había deseado a ningún otro hombre, tanto que no le importaba lo que hiciera con ella. Tenía la extraña sensación de que él era capaz de hacerla llegar al orgasmo sin tocarla siquiera, ¿sería posible?

El Herr se arrodilló frente a ella para que sus rostros quedasen a la misma altura, apoyando las manos en el asiento del sillón y acariciando sus muslos suavemente. El cuerpo de Paula reaccionó y, a la vez que se mordía el labio inferior, dejó escapar más flujos, que se unieron a los anteriores, humedeciendo más así su lencería, sus piernas, el sillón...

Él, despacio; arrimó su rostro al de ella y Paula notó cómo su garganta se secaba, cómo su respiración se contraía, cómo sus pupilas se dilataban delatando el deseo que le recorría el cuerpo.

La boca del Herr se acercó a la de ella, que deseaba que la poseyese de inmediato; no le importaba cómo ni dónde, pero sí cuándo. Y lo quería ahora.

Una de sus manos se encaminó despacio hasta el centro de sus muslos, colándose bajo el vestido para acariciar la humedad. Por un instante, el Herr cerró los ojos y sonrió al ver lo húmeda que estaba para él, por él. No podía negar el deseo que despertaba en su interior.

—Así que has vuelto a por más —murmuró disfrutando del momento, y se deleitó al saberse deseado.

—Sí, Herr —contestó ella apenas con un hilo de voz.

—Voy a tener que castigarte por desear más de lo que permito —susurró él de nuevo, y esta vez su dedo se coló bajo las bragas.

Acariciaba su sexo mojado de arriba abajo, describiendo un profundo círculo cuando llegaba al clítoris, arrancando jadeos desesperados que quedaban en el olvido en cuanto los dejaba escapar, pues, tras cada jadeo, él alejaba los dedos para comenzar de nuevo la tortura.

Paula no sabía qué decir, no podía pensar, sólo sentir. ¿Cómo era posible que ese hombre le nublará la razón?

—El castigo que te impondré por ser una niña mala será prohibirte que te corras —murmuró el Herr.

Él no tenía ni idea del significado de sus palabras, pero ella sí. No podía, nunca había podido, sólo con él. Él había sido su primera vez. Llevaba sufriendo el martirio de no conseguir llegar al clímax toda su vida.

—No lo harás hasta que yo diga que puedes.

La tortura se alargaba, los dedos del hombre se perdían entre sus pliegues, acariciando su interior, la zona donde comenzaba su ano, para de nuevo regresar al clítoris, pellizcarlo y despojarla de voluntad.

El Herr dejó a Paula jadeante y frustrada cuando se alejó para volver con la otra mujer, que esperaba en la misma postura.

La torturaba mientras ella se veía obligada a presenciar la sucesión de caricias y besos que deseaba para sí. Un placer que le pertenecía y esa mujer le estaba robando. La chica gemía y jadeaba sin tapujos, aceptando todo el placer que el Herr tenía a bien regalarle.

Paula observó cómo los dedos de él penetraban en el sexo de la otra chica, que se retorció sobre la silla por el placer, los introducía para volver a sacarlos, dar para después quitar.

Sentía que iba a morir de deseo, anhelaba con todas sus fuerzas que la otra mujer desapareciera. Sólo quería ser suya, para eso había pagado, para poder estar con él otra noche, unas horas..., pero sólo para ella. No quería compartirlo.

El Herr se desnudó dejando su escultural cuerpo a la vista de ambas mujeres, que ardían de pasión al ver el miembro erecto de su amo. Él otorgó el privilegio de ser la primera a la chica, rozando su pene por su espalda, que jadeaba sin parar.

Se colocó tras el respaldo de la silla, lo que lo dejaba justo frente a Paula. La otra chica lo tenía

justo delante, podía tocarlo, olerlo..., y Paula sintió envidia. Deseaba su polla. Dentro de ella. Dándole placer.

—Come —ordenó el Herr a la otra mujer, que alzó el rostro y comenzó a lamer su sexo.

Él no dejaba de mirarla con intensidad; no cerró los ojos, aunque el deseo le nublabla la mirada, haciéndola más oscura.

A continuación, agarró a la chica por el pelo y tiró de él con fuerza. Ella no protestó, sino que continuó acariciando el miembro del hombre a la vez que lo lamía desesperada. Luego lo retuvo dentro de su boca con movimientos rítmicos que la hicieron balancearse sobre la silla, que emitía un leve crujido ronco, una sutil protesta.

El Herr suspiraba, jadeaba, gemía..., y no dejaba de mirarla ni una sola vez.

—Lo haces muy bien —musitó.

Pero de nuevo Paula tuvo la extraña sensación que en realidad se dirigía a ella, que soportaba la visión sin emitir ninguna protesta. Sin exigir, a pesar de estar segura de que iba a explotar de un momento a otro si no la satisfacía.

—Tócate —le ordenó él entonces a la chica, que inmediatamente usó una mano para acariciarse mientras mantenía el ritmo, mientras lamía y saboreaba al Herr.

Las caricias se hicieron eternas, Paula no sabía cuánto tiempo había pasado, pero no podía soportarlo más. Sentía que iba a desfallecer, necesitaba tanto el alivio...

—Ahora es tu momento, córrete para mí —exigió él a la chica, que dejó su boca libre del miembro del Herr y elevó la cara mientras él pellizcaba sus pezones enhiestos, y se corrió usando sus propios dedos, procurándose placer.

Paula jadeaba y gemía descontrolada desde su sillón. Si no la dejaba salir de allí, iba a prender fuego a la tapicería.

Una vez que la otra chica estuvo satisfecha, el Herr se alejó de ella.

—Ahora mirarás tú —la informó—. Como te has portado muy bien, voy a permitir que te masturbes de nuevo mientras nos miras y vuelvas a correrte.

La chica asintió aún jadeante, con el pelo largo revuelto y alborotado.

El Herr se aproximó a Paula. Todavía no podía creer la suerte que había tenido después de dejarla en la sala de personal a punto de caramelo para que sufriera y anhelara entregarse a él porque lo deseara y no por querer conseguir el ascenso. No había podido relajarse y hacer desaparecer la erección que durante el resto del día había tratado de disimular. Ahora, la tenía allí, toda para él.. Quería alargar el momento, la excitación, el deseo..., necesitaba poseerla para saber si lo que había sentido con ella esa primera vez volvía a repetirse pero, al mismo tiempo, temía que esa sensación hubiese sido tan sólo algo efímero que se hubiera desvanecido con la misma facilidad con la que había surgido.

Su paso lento permitió que Paula disfrutara de él en todo su esplendor. A continuación, su polla erecta e inflamada comenzó a pasearse por su boca rozando sus labios, deslizándose hacia los pechos, que bajo la suave tela del vestido se elevaron, esperando más caricias que no llegaron porque su miembro siguió su camino hasta detenerse en su estómago. Paula no podía dejar de jadear, sentía cómo los flujos del Herr se repartían por todo su cuerpo; era algo nuevo, algo que nunca antes había experimentado, y la excitaba hasta enloquecer.

Sin desatarle las manos, él la levantó, dejando que sus brazos desnudos acariciaran el respaldo del sofá, y la llevó hasta la cama, donde la depositó suavemente boca arriba. Con sus fuertes manos, agarró el vestido y lo rasgó sin compasión, descubriendo su ropa interior.

Paula lo miró un instante, seguía sin poder ver bien su rostro, pero era un hombre atractivo de una manera salvaje, animal, y él era consciente de ello.

La acarició mientras su sexo seguía rozando la piel por donde se paseaba transmitiendo su calor, tan abrasador como el de ella.

—Estás siendo muy buena y obediente. Eres mía, te he marcado, ahora me perteneces. Y todo

lo mío lo cuido, así que voy a hacer que estalles de placer.

Paula no pudo decir nada, la boca de él se tragó la suya. La poseyó ferozmente, su lengua entraba y salía, la lamía y saboreaba mientras sus manos arañaban, pellizcaban y acariciaban cada centímetro de piel.

El Herr arrancó la ropa interior de la mujer que lo volvía loco; el ruido al rasgarse la excitó, pudo verlo. Introdujo los dedos dentro de ella para acariciar su interior y sentirla desesperarse por más.

—Así me gusta, me complace saber que estás preparada para mí. Sólo para mí.

—Sólo para ti, Herr —murmuró Paula fuera de sí.

El Herr no sabía cuánta verdad encerraban esas palabras.

—A partir de hoy, sólo vas a correrme conmigo, con ningún otro —dijo sin pensar.

De nuevo, sus palabras guardaban una verdad de la que él no era consciente.

—Sí, mi Herr —contestó ella sin aliento.

Por alguna extraña razón, eso le agradó. La levantó y la colocó de espaldas, sobre sus piernas, apartó sus bragas mojadas a un lado y, sin previo aviso, la penetró hasta el fondo con una única y fuerte embestida que la hizo aullar, que la llenó, que logró que perdiese el sentido, la razón, y consiguió que todo quedase oculto bajo una espesa bruma de deseo que se había adueñado de su mente y de su cuerpo.

Todo el pasado, todo el dolor, el miedo, la culpa, la decepción... se habían desvanecido. Sólo existía él moviéndose con fuerza dentro de ella, golpeando su trasero y excitándola más.

—Ahora quiero que te toques mientras sigo follándote, *mein Stern*—ordenó el Herr con su ronca entonación, que en ese momento se acentuó al comenzar a hablarle en una lengua que no entendía.

La desató desesperado mientras se movía rápido dentro de ella y agarraba su trasero con fuerza entre las manos. Antes de llegar a correrse, oyeron de fondo los gemidos de la otra mujer, a la que habían olvidado, que alcanzaba su segundo orgasmo.

Paula arqueó la espalda y apoyó las palmas, ahora libres, sobre el colchón, arrancando las sábanas, retorciéndolas entre sus dedos. De nuevo sabía que esa sensación poderosa iba a llegar, obligándola a gritar por más, deseando que no acabase, que no se desvaneciera.

—Córrete para mí, *mein Stern*, vamos, preciosa. Dámelo, grita tu placer para que pueda llenar tu coño con mi leche —jadeó él desesperado.

Al oírlo tan fuera de sí como ella misma, Paula no pudo contenerse más. Esas palabras, que la habrían avergonzado en otra situación, la volvieron loca, y el orgasmo llegó arrasándola, dejándola vacía y llena, aliviada y asustada...

Junto con sus gritos, llegaron los gruñidos del Herr. Podía sentirlo dentro de ella, vaciándose, llenándola con su simiente tal como había prometido. Sus manos apretaron sus nalgas con fuerza, casi era doloroso, pero no le molestaba; le gustaba sentir que había perdido el juicio por ella.

Las lágrimas acudieron entonces a sus ojos. Agradecida. Feliz.

Al percatarse, él se le acercó, todavía dentro de ella.

—¿Te he lastimado, *mein Stern*? —susurró junto a su oído.

—No, *mein Herr*—consiguió farfullar Paula.

Él se separó despacio y desapareció unos instantes, en los que ella, más relajada y tranquila que nunca, permaneció sobre la cama desordenada, permitiendo que un sopor agradable se la llevase lejos.

Unos tímidos rayos de sol la despertaron acariciando su suave piel bronceada. El Herr la observaba desde la ventana. Era hermosa, mucho.

Aun sin haber podido ver su rostro, lo sabía. La había saboreado dos veces y había descubierto que poseía un alma tan atormentada como la suya propia, incluso más.

Durante la noche, había estado tentado en más de una ocasión de quitarle el antifaz y despojarse él mismo del suyo, de mostrar sus rostros: necesitaba saber si ella era Paula. Sin embargo, se detuvo cada vez que trató de hacerlo; no debía.

No deseaba que ese capricho se convirtiera en algo más. Era mejor retenerla mientras la deseara, mientras esperaba que la euforia desapareciera, pues sin duda acabaría desapareciendo, como siempre. Hacía ya tiempo que le había quedado claro que nada era para siempre.

Así que lo mejor para ambos era que no supieran nada el uno del otro, ni su nombre, ni su edad ni su trabajo. Era mejor ser sólo dos extraños que se regalaban un inmenso placer bajo la protección que les otorgaban las máscaras.

Paula se revolvió inquieta en la cama, como adivinando sus pensamientos, y el Herr se acercó hasta ella.

—Buenos días —susurró. Su voz, siempre comedida para disimular cómo sonaba de verdad; cuanto menos supieran de él, más seguro para todos.

—Buenos días, *mein Herr*—contestó ella somnolienta—. ¿Me quedé dormida? —preguntó alterada al percatarse de que seguía allí—. Lo siento, *mein Herr*—murmuró como disculpa.

Al verla azorada, con el pelo revuelto y su cuerpo medio desnudo enredado en las sábanas, él decidió proponerle lo que había pensado mientras la observaba dormir.

—No he dormido en toda la noche, he estado pensando... —Se interrumpió con su voz ronca—. Te quiero para mí por una temporada.

Paula lo miró confusa, no comprendía bien el significado de sus palabras. ¿Una temporada? ¿Pretendía alquilarla?

—Te quiero en exclusiva por un mes. Sólo serás mía.

Ella seguía sin comprender.

—Quiero tenerte todas las noches del siguiente mes, durante ese tiempo serás mía cada noche.

—¿No participaré más en La Elección?

—Sí, lo harás, *mein Stern*. No olvides que es un negocio, minegocio, y con él gano mucho dinero, además de placer. Pero cada noche te escogeré, durante un mes.

Estaba seguro de que en un mes quedaría saciado de ella, se cansaría como había ocurrido con todas desde Anya.

—Durante ese tiempo, no tendrás que pagar por participar. Será un consenso de mutuo acuerdo. Un trato secreto entre ambos. Nadie tiene que saberlo. Sólo tú y yo. Cuando llegue la fecha acordada, te marcharás. Sin reclamaciones, sin reproches. Tan sólo acabará.

—¿No sospecharán si no hago el ingreso?

—Lo harás, déjame eso a mí. Te adelantaré el dinero en efectivo.

El Herr se alejó de la cama y se dirigió a una mesa, de la que cogió un documento y un sobre. Después se acercó de nuevo a la ventana.

—Léelo —ordenó.

Paula leyó atentamente el contenido. No había nada que no le hubiese advertido minutos antes, incluidas las cláusulas en las que no podía decir «no». A cambio, incluía una que garantizaba que estaría a salvo, que ninguna práctica de las que realizasen supondría un peligro

para ella, y que deberían mantener su identidad oculta, como hasta ahora. Además, especificaba que, cuando acabase el mes, no podría reclamarle o exigirle nada, y le exigía fidelidad durante el tiempo que durase el contrato.

—¿Fidelidad? —no pudo evitar preguntar.

—Durante ese tiempo, sólo me pertenecerás a mí. Todas las noches —afirmó él con voz seria.

Paula cabeceaba mientras sopesaba las consecuencias. La verdad era que no tenía nada que perder y sí mucho que ganar: un mes entero sufriendo esos orgasmos devastadores. Sólo recordarlos la obligaba a encoger los dedos de los pies y apretar los muslos.

Cogió la pluma que el Herr le ofrecía, sorprendida. ¿Quién usaba plumas hoy en día?

Él la miraba nervioso, esperando que ella no notase el ansia que le causaba no saber si iba a aceptar o no. Sin saber por qué, Paula se detuvo a mirar la hora. Parecía decidida, pero de repente se había detenido, dudando, y el Herr estaba a punto de perder la cordura, aunque sólo fue un momento.

Firmó y dejó el documento y el sobre a un lado y le devolvió la mirada.

El Herr sonreía, siempre conseguía lo que se proponía, o casi todo. Ahora la veía bajo otro prisma, ahora era suya y, de nuevo, la hizo suya.

No hubo caricias tiernas ni besos suaves, tan sólo sexo, una apremiante necesidad de poseerla, de tenerla para sí. Se lo decía aunque ella no lo comprendiese: era su estrella. Porque eso sentía al estar dentro de esa mujer, que parecía dárselo todo por primera vez, que le hacía sentir como si él en realidad fuese el único, el primero.

Eso hacía que él sintiera que tenía una estrella, como cuando era joven y creía en el amor, y esa sensación, aunque fuese pasajera, le agradaba, le hacía creer que tal vez un nuevo corazón pudiese renacer algún día y tapar ese agujero que dominaba su pecho.

Paula jadeaba por la sorpresa, y se le escapó una tierna y suave sonrisa que provocó un tímido latido en el Herr.

¿Había sido en su pecho?

No podía saberlo, y prefería no averiguarlo. Su boca se hizo con la de ella, sus manos recorrían el cuerpo de la mujer. La empujó sobre la cama, entre sus piernas aún se encontraban los restos de lo que había sucedido tan sólo unas horas antes.

Sonreía travieso mientras su lengua trazaba un sendero de humedad invisible que se detenía en su estómago, donde dio un pequeño mordisco y regresó a los pechos para entretenerse con sus pezones, lamiéndolos, chupándolos, acariciándolos, pellizcándolos..., para, acto seguido, retomar el camino hasta el lugar que atesoraba todo el placer.

Le quitó la ropa interior y le abrió las piernas bruscamente para meter la cabeza entre ellas, lamiendo los restos pasados mezclados con los nuevos flujos.

¡Sabía tan bien!

Un gruñido animal se concentró en su pecho y escapó cuando ella se arqueó y separó más las piernas, agarrando su cabeza para que siguiese, rogando en silencio que no se detuviese.

Paula nunca había tenido una sensación igual que ésta, la lengua suave sobre su clítoris le cortaba la respiración y contraía su cuerpo por el placer.

Gritaba, gemía y se retorció ante esa sensación que la iba a llevar de nuevo a abrazar el más puro de los placeres. Un orgasmo que iba a transformarla en fuego líquido entre sus brazos.

El Herr agarraba con fuerza sus caderas, acercaba más su lengua, que no tenía piedad, y la lamía sin descanso una vez y otra, hasta que la volvió loca y gritó de puro éxtasis.

Las sacudidas que el orgasmo provocaba en su cuerpo no cesaron cuando él se hundió en su interior. Clavó las uñas en la tierna carne de sus nalgas y se deleitó con los gritos que emitía a causa del placer renovado e intensificado al tenerlo dentro.

Se movió como poseído por una fuerza desconocida que lo apremiaba a vaciarse.

Su orgasmo se unió al de ella, que todavía causaba estragos en su cuerpo tembloroso y sin

fuerzas. El Herr se dejó caer sobre ella y apoyó su cara en el pecho desbocado, disfrutando del rápido batir de alas del corazón de su estrella.

Poco a poco, la calma llegó acompañada de la cordura, que les hacía darse cuenta de que se les había hecho tarde.

En ese instante, en el que Paula fue consciente de que él le hacía perder la noción de su propio ser, se percató también de que tal vez hubiese sido un error firmar ese contrato. Por su parte, el Herr se daba cuenta poco a poco de que ella era la primera que no sólo lo vaciaba, sino que también lo llenaba.

Paula llegaba tarde a la oficina, y no era el mejor momento si no quería ser despedida por el chico nuevo que había ido a controlarlos, valorarlos y luego echarlos a la calle. Tenía que darse más prisa, o sería lo que lograría en vez del merecido ascenso al que optaba.

Casi corría más que andaba por la planta donde estaba situada su oficina, tirándose de la falda negra por debajo de la rodilla, demasiado estrecha para hacer deporte, y que se subía con cada acelerado paso. No iba vestida para correr ni tampoco calzada: los tacones altos que llevaba se quejaban con cada paso rápido.

Apenas había tenido tiempo de llegar a casa, darse una ducha, coger una falda lisa negra de las muchas que tenía en su fondo de armario y ponerse una blusa color coral anudada a un lado del cuello para darle algo de color a su atuendo. Su melena, revuelta por la noche y la mañana de sexo inesperada, estaba tan mal que no había tenido otra opción más que recogerse el pelo en la nuca.

Llegó sin resuello y se sentó en su despacho tratando de calmarse para que nadie sospechara que no llegaba a su hora, aunque, al parecer, el chico nuevo llegaba tarde también.

No es que tuviese la obligación de ser puntual, no era inglés. Aun así, a Paula le parecía que lo correcto era llegar antes que los demás empleados.

Se arregló un poco algunos mechones que habían escapado de su improvisado recogido, ahora despeinado por la carrera, y abrió el ordenador para echar un vistazo a los correos y a la lista de tareas pendientes del día.

Dentro de unos minutos tenían una reunión para asignar los artículos que saldrían en la siguiente edición de la revista de moda. Paula se pasaría la mañana revisando textos, viendo fotos de modelos, tendencias...

En realidad, no estaba centrada; no le apetecía hablar con nadie, tan sólo recrearse en la maravillosa noche y mejor mañana que había pasado. Podría pasarse toda vida despertando de esa deliciosa manera, con él entre sus piernas.

Un escalofrío recorrió su cuerpo e, instintivamente, su sexo palpitó, anhelando ese nuevo sentimiento, ese dulce sabor de boca que quedaba tras llegar al clímax.

Pensar en eso le trajo a la mente el contrato, lo sacó del bolso y lo guardó en uno de los cajones de su mesa, en el mismo donde guardaba las cosas importantes y que cerraba con llave.

—Buenos días, Paula —la interrumpió la voz de Sasha.

—Buenos días —contestó, y siguió a lo suyo, esperando que se alejase.

—Acompáñame —pidió él autoritariamente.

—Por supuesto —suspiró ella.

Él sonrió al oír su conformismo. Estaba completamente seguro de que lo que deseaba en realidad era mandarlo a la mierda o más allá, pero no lo haría. Paula deseaba ese ascenso con toda su alma, y él se relamía al pensar en el juego. ¿Cuánto estaría dispuesta a soportar?

Sasha quería saber cuán importante era para ella, si de verdad lo daría todo a cambio de un poco más de dinero a fin de mes y tal vez algo más de relevancia en los círculos en los que se movía, un poco más de poder.

No sabía qué le sucedía, llevaba mucho tiempo sin estar interesado por ninguna mujer, para él eran simplemente un juguete con el que pasar el rato y, ahora, de repente, se sentía atraído por dos, aunque sospechaba que era un engaño de su mente, que había tramado una burda conspiración, abrumándolo, tratando de convencerlo de que esa mujer, frente a él, era la misma que había poseído esa mañana. La misma que ahora le pertenecía por treinta noches.

Era consciente de que sería una gran casualidad, como comprar el número ganador de la

lotería.

Caminaba por el pasillo sintiéndola detrás mientras se dirigía al despacho de Mónica. Al llegar, abrió la puerta y la hizo pasar, esperando que lo adelantara apoyado en la puerta de la oficina que ahora ocupaba como propia.

Pudo deleitarse con su bonito contoneo bajo la falda negra. Su paso era seguro, entonces, ¿por qué se comportaba como si fuera una mujer insegura?

—¿Mónica nos acompañará? —se interesó Paula mientras sus manos jugueteaban con los accesorios sobre la mesa.

—Toma asiento —pidió él—. No, salió anoche hacia París.

—¿Se ha marchado? ¿Sin despedirse?

—La compañía la recogió en un jet privado. Supongo que en estos momentos se estará instalando en las nuevas oficinas. ¿Te entristece, Paula?

—No, pero me habría gustado despedirme.

—Lo siento —murmuró él.

—¿Qué necesitas de mí?

«Follarte hasta que las piernas no te sostengan», pensó Sasha sonriendo, pero no podía decirlo en voz alta. Una idea cruzó su mente de pronto. ¿Conseguiría que ella se uniera alguna noche?

¿Sería posible reunir a las dos mujeres en la misma habitación de hotel?

Se volvería loco, no sabría a cuál dar más placer, o acariciar primero... Sus pensamientos consiguieron que su miembro protestase, ansioso por encontrar alivio.

—Si te dijese lo que en realidad necesito —musitó—, me temo que saldrías corriendo espantada.

—Prueba. Quizá te sorprenda —fue la respuesta de Paula.

Si quería jugar, ella podía involucrarse en la partida. Seguro que Sasha no se imaginaba ni de lejos lo que era capaz de llegar a hacer.

La respuesta lo complació y lo sorprendió. Paula oyó un leve gruñido escapar de su garganta y vio como sus pupilas se dilataban.

—No me tientes —murmuró él acercándose.

—Eres tú, Sasha, el que ha empezado —contestó ella.

—Si no dejas de mirarme de esa forma, voy a tener que llevarte al baño y follarte allí mismo.

—Y ¿cómo te miro? —preguntó Paula siguiendo el juego mientras acariciaba de nuevo el mechón rebelde que se negaba a quedarse en su sitio.

—Como si me desearas.

—¿Te sorprende? Eres un hombre atractivo. No es nada nuevo para ti.

—Lo sé, por eso elijo yo —contestó él.

—¿Me quieres? Pues quizá me tengas... —confesó Paula.

En realidad, no sabía con seguridad por qué había reaccionado así, nunca reaccionaba así. De hecho, la mayoría de sus relaciones habían sido un fracaso por no comportarse nunca de esa manera.

Era culpa del Herr: la había enloquecido, llenado su mente de esperanza y su cuerpo de lujuria; ahora pensaba que con cualquier hombre sentiría lo mismo. Pero no debía engañarse, que su cuerpo hubiese conocido el placer del orgasmo no significaba que ahora lo tuviese con cualquiera, algo le gritaba que sólo podía conseguirlo el Herr.

—Paula, tengo tal erección en estos momentos que creo que va a estallarme el pantalón —confesó él.

Le gustaba. Inesperadamente, Paula le había seguido el juego y eso lo había excitado de una forma abrasadora. No podía dejar de mirarla, era perfecta para él. Llevaba el pelo rubio como la miel, que formaba ondas hasta media espalda, sujeto a la nuca y, de vez en cuando, se apartaba algunos mechones que se empeñaban en ocultar su bonita cara escapando del recogido.

Sus ojos grandes y marrones, profundos, intensos como lo era ella, su boca entreabierta mostrando una media sonrisa... Podía ver a través de la abertura de su boca su lengua rosada, tierna, lista para ser saboreada.

Su pecho subía y bajaba precipitado, no era ajena a su escrutinio. Sasha sabía que gustaba a las mujeres y normalmente le aburrían ese tipo de reacciones, pero con ella era diferente. Con ella, en lo único que podía pensar era en que lo complacía que se comportara así, que no pudiera disimular que se sentía atraída hacia él.

Se levantó de la silla y dejó que Paula contemplase la erección de la que la había advertido. Podía ver cómo la humedad había traspasado la tela del pantalón gris, oscureciendo la zona.

Ella contuvo un gemido. Había ido demasiado lejos.

Tenía que hacer algo, escapar, poner alguna excusa para librarse de él; de lo contrario, se temía que no iba a cumplir con una de las cláusulas del contrato. La de no estar con nadie que no fuese el Herr.

Cada vez lo tenía más cerca; se levantó y trató de poner algo de distancia entre ellos, pero su mirada tormentosa la tenía atrapada.

¿Qué ocultaban esos ojos que gritaban que estaban colmados de secretos?

—No debemos... —susurró.

—Pero lo deseo tanto —murmuró Sasha, perdido en su aroma.

Su boca se hizo con la de Paula, un beso intenso, apasionado, que le hablaba del apetito que sentía por ella. Era tan abrumador que la hizo gemir.

Le recordó vagamente a los besos del Herr. No podía traicionarlo, no debía... Él había sido el primero que le había enseñado que el sexo era bueno, agradable, y que no tenía que ser forzado, que era una elección.

Atrás iban quedando los recuerdos de su madre, de su sumisión, del hombre que la obligaba noche tras noche a estar con él..., que la golpeaba, que la menospreciaba. Una infancia que trataba de olvidar, unos recuerdos que la hicieron creer que el sexo no era bueno, que tan sólo era un disfrute para el hombre y una obligación para la mujer...

Una lágrima resbaló por su mejilla, no entendía por qué los recuerdos se empeñaban en salir de sus tumbas ahora, pero lo hacían.

Sasha se apartó al sentir que algo no iba bien. El juego perdió interés en el momento en que la notó sollozar.

—¿Estás bien? —preguntó conmovido al verla así.

—Lo siento, no puedo... Si deseas despedirme por no satisfacerte, adelante. Pero no puedo seguir adelante.

—No voy a despedirte por no querer estar conmigo, ¿cómo piensas eso?

—Es lo que suele suceder, ¿no?

Sus palabras lo golpearon duro. Muchas teorías diferentes pasaban por su mente, pero no deseaba darles cabida de momento.

—Claro que no, quiero que desees entregarte a mí. No obligarte.

—Entonces lo siento, no puedo.

—¿Por qué?

—Porque ya tengo un dueño.

Con esas palabras, que lo sacudieron duro en el estómago al saber que no tenía posibilidades de estar con ella, Sasha se quedó impasible mientras observaba cómo ella abandonaba el despacho limpiándose las lágrimas y agradecida porque él no la hubiese forzado.

Paula se alejaba con el deseo palpitando entre las piernas y el corazón desbocado, aliviada al mismo tiempo porque había logrado seguir fiel a su contrato, a su dueño, durante un mes y, además, se había asegurado de que Sasha no tomaría represalias laborales contra ella.

Sasha no podía creer que no se le hubiese pasado por la cabeza que tal vez ella ya tuviese

compañero: el hecho de que él siguiese soltero era únicamente porque él siempre iba a estar solo, pero eso no incluía al resto de la humanidad.

De repente se despertó en su cuerpo un deseo feroz de hacerla suya y un sentimiento poderoso, parecido a los celos, por el desconocido que tenía la suerte de disfrutar de Paula, de su cuerpo y, tal vez también, de poseer su alma.

Sasha la necesitaba. Junto a ella, parecía que estaba en paz y su mente dejaba de torturarlo con el cuerpo de esa mujer misteriosa que se ocultaba bajo un antifaz.

El resto del día, Paula se obligó a mantenerse ocupada con temas de trabajo; temporalmente debía hacer las funciones de Mónica. Durante el descanso para el café, Mandy le había dado la enhorabuena por un puesto que ya consideraba suyo.

Ambas sonreían.

—Es guapo el ruso, e intimidante —comentó Mandy como si nada mientras daba un sorbo al café.

Precisamente el único tema del que Paula no quería hablar.

—Sí, es guapo y educado; además, es inteligente, y eso, amiga mía, lo hace muy peligroso.

—Me gustaría probar ese peligro —masculló Mandy—. ¿Qué pasó el otro día?

Paula sonrió. Ella había estado cerca de probarlo, demasiado cerca, dos veces.

—Nada, asuntos de trabajo —mintió.

—Karen dice que lo ha visto salir del despacho de Mónica, el que ahora ocupa y que pronto será tuyo, camino del baño —sonrió de nuevo—, y me ha dicho que lo que se percibía bajo sus pantalones no era normal —acabó escandalizada.

—Me imagino que un hombre de su tamaño lo tendrá todo acorde...

Las dos rieron, cada una por una razón diferente. Paula había sentido su miembro pegado a su cuerpo y, desde luego, parecía que guardaba proporción con su constitución.

—Tengo una cita —confesó Mandy.

—¿Tienes una cita? ¡Me alegro! ¿Quién es? ¿Lo conozco?

—Es Fede.

—¿El de Recursos Humanos? ¿Ese mismo Fede del que te he oído decir burradas mil veces?

—Ajá —murmulló ella tras su vaso de café, que usaba de parapeto.

—¿Entonces...?

—Nos encontramos de casualidad a la salida del centro comercial, me invitó a un café y, bueno..., resulta que es superencantador, además, es mono. No es el ruso..., pero para mí está bien.

—Me alegro, Mandy, espero que te vaya bien.

El café acabó. A Paula le habría gustado poder contarle algo a su asistente de lo que le había sucedido, pero nunca había hablado con nadie de lo que le había ocurrido de pequeña, así que dejaba que todos creyesen que era una puta frígida incapaz de entrar en calor.

Sin poder alejar a los hombres de su mente, decidió ocultarse detrás de su montaña particular de papeles hasta la hora de la comida.

—Come conmigo —le pidió Sasha.

Paula estuvo a punto de decirle que no, aunque deseaba su compañía. Por extraño que pareciese, le recordaba a su Herr, aunque Sasha era ruso y el Herr tenía un leve acento alemán... Aun así, se lo recordaba, y su cuerpo anhelaba al Herr.

—Sólo una comida entre compañeros —insistió él.

—Está bien, comeré con el jefe —sonrió ella, más relajada.

Tal vez funcionase, tal vez pudiese estar a su lado calmando su cuerpo lo bastante para aguantar hasta la noche sin perder la razón.

No entendía qué le había hecho el Herr para no poder sacarlo de su mente. Bueno, en realidad sí lo sabía: era el único con el que había perdido la razón lo bastante como para tener un orgasmo.

Sasha la llevó a un pequeño restaurante lo suficientemente cerca del trabajo como para llegar a pie y lo bastante lejos como para no encontrarse con alguien de la oficina. No le apetecía que

los interrumpiesen. Aunque lo normal en su vida era no intimar con nadie y menos con mujeres, Paula había tocado su punto débil, lo había desafiado sin saberlo, dándole a entender que no era suya porque había alguien más, y ese reto silencioso, ese obstáculo, era ahora la meta que debía cruzar.

El sitio era acogedor, un pequeño bar con algunas mesas y poco más. El camarero los atendió enseguida, tomando nota de la bebida y de la comida. Paula no entendía qué podía querer Sasha de ella ahora, esperaba que sólo fuese trabajo.

—¿Por qué quieres el puesto? —preguntó él rompiendo el silencio.

—Siempre lo he querido, desde el primer día que empecé a trabajar para la revista.

—Serán más horas las que deberás dedicar, no tendrás tiempo para muchas otras cosas..., como la familia —explicó esperando que se relajase y le contase más sobre ella.

—Lo sé, lo sé... Sé que tal vez desde fuera no se entienda, pero es que he trabajado tan duro todos estos años para conseguirlo... que siento que, si no lo logro, habré fracasado. Supongo que es algo que alguien como tú no puede entender.

—¿Alguien como yo?

—No te ofendas, Sasha...

—¿Alguien como yo? —insistió él.

—Bueno, quiero decir..., ¡mírate! Atractivo, de buena familia, una carrera en una universidad extranjera prestigiosa, sin duda hablas como mínimo tres idiomas, éxito profesional... Imagino que no has tenido una vida difícil... —«No como yo», quería decir, pero decidió callar.

—En algunas cosas has acertado, en otras, no... Lo que me gustaría saber es por qué tu vida no ha sido fácil. He leído tu expediente: notas excelentes desde el colegio, un máster, dos idiomas... ¿Por qué esa necesidad de trabajar tanto y tan duro?

—A veces es el mejor refugio para olvidarse de los problemas —contestó Paula, sin saber a qué había venido ese arranque de sinceridad.

—Lo que no he conseguido encontrar ha sido nada sobre tu familia.

—Eso es porque no hay nada que decir sobre ellos.

Sasha estaba ahora más interesado. Paula se había puesto a la defensiva, y eso llamó poderosamente su atención: ¿qué le habría sucedido para apartarse de su familia?

Era consciente de lo que podía llegar a ocurrir en una familia disfuncional, pero ¿qué le habría sucedido a ella? Otra incógnita más que la volvía más apetecible aún.

Advirtió su incomodidad y, sin entender la razón, supo que no le gustaba verla... ¿triste?

—Hace mucho tiempo que no sé nada de mi familia, renuncié a ellos. —Sasha dio un sorbo a la copa de vino tinto que el camarero le había servido. No sabía por qué había hablado sobre algo que evitaba incluso evocar, porque todavía lo hería. Le recordaba que ya no tenía corazón.

—Lo siento —murmuró ella despacio. Conocía de primera mano lo duro que era tomar una decisión así de complicada.

—Yo no —contestó Sasha, dando otro sorbo a la copa de vino y llenándola por segunda vez.

Ella aún no lo había probado, giraba la copa entre sus manos distraída.

—Vas a calentar el vino si lo mueves de esa forma —informó él mirándola fijamente.

Paula creyó que esas palabras encerraban más que el simple hecho de que el vino se iba a viciar si seguía cogiendo la copa de esa manera.

—Entonces, dejaré de hacerlo —dijo; de nuevo, su voz era un susurro.

Y sus palabras querían decir algo más que ese hecho. Quería que él supiese que no deseaba entrar en ese juego de nuevo, sentía que era peligroso, que el calor que había entre ambos acabaría quemándolos.

El camarero llegó con los platos y comieron en silencio, hasta que Sasha lo rompió de nuevo.

—Sea quien sea, es un tipo con suerte.

—¿Quién? —preguntó ella descolocada.

—Tu dueño —contestó él, usando la misma expresión que ella misma había utilizado.

Paula sonrió y dio un sorbo a su copa de vino. Pensar que el Herr pudiese llegar a considerarse afortunado por poseerla era una idea que no le cuadraba.

—No creo que él lo vea igual. Nuestra relación, más que amorosa, es... provechosa. Ambos obtenemos un beneficio de ello.

Esa información sorprendió a Sasha, ¿acaso Paula le estaba dejando una puerta abierta? ¿Deseaba amor? Si eso era lo que insinuaba, entonces debía rendirse, eso era lo único que él no podía darle, amor. Sexo, dinero, placer, joyas..., todo lo material que desease, sí, pero no podía dar amor, lo había gastado todo con Anya, y ¿para qué?

—Si quieres amor, yo tampoco podría dártelo —dijo malhumorado.

Paula se sorprendió por su confesión. Ella no había pretendido que pensara que le pedía una relación amorosa y duradera... Tan sólo había tratado de explicarle el tipo de trato que la unía al Herr.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó curiosa; tal vez el vino le hubiera aflojado la lengua.

—Se llama... Anya. Ahora está casada con mi padre.

Paula se quedó de piedra, sin saber qué decir. La copa de vino seguía danzando entre sus manos. Él llenó de nuevo la suya, era la tercera.

Arrepentido por habérselo contado precisamente a ella, Sasha dio un largo trago a su copa y la vació. No le gustaba ver la copa tan solitaria como se sentía él, y la llenó otra vez.

—Entiendo por qué no quieres saber nada de ellos —señaló Paula—, debió de ser duro.

—Ya no importa.

—Pero lo hizo. Aún te afecta, eso significa que era más que una mujer cualquiera.

—Iba a pedirle matrimonio, pero decidí que con mi padre llevaría una vida más lujosa y no tendría que esperar casada conmigo a que yo heredase su fortuna.

—Si ella era así, lo que sucedió fue lo mejor que podría haberte pasado.

Sasha sonrió, triste ante los recuerdos que, sin saber por qué, habían decidido salir frente a ella.

—Nunca se lo había contado a nadie —confesó.

Paula se sintió en deuda. Él le había contado algo importante de su vida, un secreto oculto, un secreto parecido a los que ella guardaba.

—Mi padrastro maltrataba a mi madre, la golpeaba y la forzaba cada vez que le apetecía —empezó a decir—. Nunca la valoró, ella se pasó la vida encerrada en casa, una esclava del hogar y de un hombre que en realidad no la amaba. Tan sólo seguía con él porque era la forma más fácil de obtener dinero. Yo padecía viéndola marchitarse día tras día, noche tras noche...

—Se interrumpió; esa parte era la más difícil de todas, incluso a su mente le molestaba recordarla—. Una noche fría fue a buscar algo de pan y otras cosas a la tienda, ni siquiera recuerdo qué. Le ofrecí salir yo, pero se negó. Me dijo que la esperase en casa. Nunca lo olvidaré, estaba a punto de cumplir los dieciséis. Él llegó del trabajo, como siempre apestando a vino rancio del bar de la esquina. Me preguntó por mi madre y, al saber que estábamos solos, vio una oportunidad...

Sasha la miraba, sabía qué venía ahora; aun así, necesitaba escuchar la historia, esa mujer había padecido incluso más que él. Cogió sus manos entre las suyas y Paula se dispuso a proseguir perdida en su mente, atrapada en ese recuerdo.

—¿Trató de forzarte? —preguntó él.

—Sí —susurró ella con las lágrimas resbalando de sus ojos—, pero peleé —explicó con voz firme, recordando la fuerza que había usado en aquella ocasión—. Lo golpeé, lo pateé y me resistí todo lo que pude. Luché hasta el final y, cuando vi la puerta que se abría y a mi madre entrar, creí que estaba a salvo, que ella me arrancaría de las garras de ese degenerado, pero no fue así. Se quedó impasible, viendo cómo él lo intentaba de nuevo mientras se retiraba a su

habitación. «Déjalo hacer, será rápido.» Ésas fueron las últimas palabras que oí de mi madre. Sasha no podía creer lo que le contaba. Esa mujer había sufrido un infierno, mucho peor que el suyo; al menos, él había crecido protegido por su familia, aunque todo se estropeó al fallecer su madre.

No supo qué impulso invadió su cuerpo pero, antes de que pudiera darse cuenta, tenía a Paula entre sus brazos en mitad del restaurante. Cogió con sus manos el rostro de ella y la besó, la besó como hacía mucho que no besaba a una mujer, la besó con esa ansia de consolarla que él mismo necesitaba. Esa mujer le había removido algo profundo en las entrañas que intentaba esconder de todos, incluso de sí mismo.

Paula no sabía qué hacer, estaba asustada, temblaba por la emoción de los recuerdos. Ni siquiera con el psicólogo se había abierto de esa manera y, ahora, Sasha la besaba de una forma abrumadora que le hacía desear gritar que la besara eternamente.

Un calor intenso se formó en su estómago y calentó todas las partes de un cuerpo muerto en vida, incluso llegó a alcanzar el corazón.

El beso terminó y ambos se miraron jadeando, expresando con la mirada lo que habían sentido: que estaban profundamente unidos por un pasado tormentoso que no los dejaba llevar una vida normal.

—Como verás, Sasha, lo último que le pediría a alguien es que me diese amor, cuando yo soy incapaz de darlo.

—Entonces, sé mía, sólo una noche. Dame una sola noche. Te deseo como nunca he deseado a otra mujer —repuso él, aunque, al decirlo, pensó en su amante secreta, la misma que vería esa noche y que le recordaba tanto a ella.

—No puedo, no por ahora. No hasta que mi relación termine.

—Pues termínala —suplicó Sasha.

—No puedo, me da demasiado, más que ningún otro con el que haya estado, y el tiempo que él me desee me tendrá.

—Siempre consigo todo lo que deseo —masculló Sasha.

Y se apartó frustrado y molesto. No le gustaba no obtener lo que quería, y Paula lo sabía. Podía ser que incluso su negativa lo alentase a perseguirla con más fuerza y, aunque le gustaría poder estar con él, estaba segura de que no iba a renunciar al placer que le daba el Herr.

Quizá, cuando acabase el mes que le había prometido, pudiesen intentarlo, si él aún estaba dispuesto. Sasha dejó el dinero de la comida sobre la mesa, mucho más de lo que era en realidad, y agarró a Paula del brazo. Estaba enfadado, ella lo sabía. Podía ver su ceño fruncido que lo hacía más atractivo, le apetecía alisarlo con sus dedos y darle un suave beso. Pero no lo haría.

Durante el camino de regreso a la oficina, el silencio se apoderó de ellos. Ninguno sabía qué más decir después de desvelar al otro sus más íntimos secretos. Una vez en la puerta de entrada, Sasha la atrajo hacia sí y acercó la boca a su oído.

—No pierdo el tiempo en perseguir mujeres —dijo—, ellas me persiguen a mí.

Y, con esa inesperada frase, la dejó en los escalones del edificio. Paula alzó la mirada hacia su viejo amigo, que de nuevo la observaba sonriendo y repitiendo su canción: «Eres mía, siempre regresas a mí».

Las horas pasaron lentas, logrando así que la tarde se hiciera interminable. Paula se escondió tras su trabajo rezando porque la noche llegase pronto. Hoy más que nunca necesitaba los brazos del Herr, quería que la poseyera, que decidiera por ella, liberarse de todo por unas horas dejándolo en sus manos. Y, sobre todo, deseaba olvidarse de Sasha, de su beso y de lo que le hacía sentir. Se arrepentía de haberse confesado con él, no tenía claro por qué lo había hecho, aunque ya no había marcha atrás.

Sasha tampoco hizo por verla o hablar con ella. La evitó porque estaba furioso, y no porque ella lo hubiese rechazado, sino porque, por primera vez en años, sentía la necesidad de la caza, ese anhelo de conquista que había perdido. Hasta el momento disfrutaba con las mujeres, seduciéndolas en un juego en el que el claro vencedor era él, no se molestaba en pensar en ellas, en qué habría tras las máscaras, así que ninguna tenía la posibilidad de atrapar sus pensamientos. Sin embargo, ahora, de repente y a pesar del cuidado puesto, había dos mujeres que no lo dejaban descansar; una por el día y otra por la noche.

—¡Joder! —exclamó enfadado justo cuando Paula abría la puerta de su despacho.

—Lo siento, sólo quería decirte que me marchó. Es tarde —se justificó ella sorprendida.

Se había quedado petrificada, no sabía qué le pasaba, pero estaba enfadado. Se preguntaba si sería por lo que había sucedido entre ambos en el restaurante, o si tal vez era por temas profesionales.

—Sí, es tarde, yo también debería irme.

—Buenas noches, Sasha —murmuró ella.

—Buenas noches, Paula.

Paula se dirigió al ascensor todo lo calmada que pudo porque, en realidad, lo que deseaba era mandar al infierno los malditos zapatos de tacón y salir corriendo para ir directamente a los brazos del Herr.

Se detuvo frente al elevador y pulsó el botón de llamada. No quedaba nadie en la planta, ellos eran los últimos en dejar las oficinas, incluso Mandy se había ido ya, seguramente a pasar el rato con Fede..., se llamaba así, ¿verdad?

Todo estaba en silencio, una quietud que se vio de pronto interrumpida por los pasos de él. No tuvo que mirarlo para saber que era el ruso.

Una sensación de ahogo aprisionó el pecho de Paula y estrujó su estómago. De espaldas, sin poder verlo, tuvo la impresión de que era el Herr quien se acercaba. No tenía sentido, ni siquiera eran del mismo país, aun así, no podía deshacerse de esa sensación.

El ascensor llegó después de unos minutos que se le hicieron eternos y las puertas se abrieron. Paula no quería mirar atrás, Sasha había posado la mano en su cintura y ella entró guiada por esa mano que la acariciaba con sutileza.

Una vez dentro, él pulsó el botón de la planta cero. Apenas la rozó, pero saber que estaba ahí con él era más que suficiente para mantenerla en ese estado de tensión que conseguía que sus piernas temblasen sin parar.

Sasha no podía contener la fuerza invisible que lo empujaba hacia ella, se acercó despacio y olfateó su larga melena dorada, dejándose embaucar por el aroma que desprendía mientras sus manos, desobedientes, se posaban en su cintura, sólo los dedos, un leve roce para después pasarse por la espalda, tersa bajo la blusa, hasta llegar al cuello, del que apartó algunos mechones.

Se deleitaba con su hermoso cuello, el corazón de Paula latía desbocado, y él podía ver el pulso a través de la fina y delicada piel. Sin que ella opusiera resistencia, Sasha se acercó más, tanto

que su miembro endurecido por la necesidad hacia ella golpeó su cintura, arrancando así un leve gemido a sus labios, hasta ahora en silencio.

Él no pudo evitar la sonrisa que apareció en su rostro. A pesar de todo lo que ella pretendía y lo que decía, ninguno podía negar que existía una extraña atracción entre ambos.

Enloquecido por la reacción de la mujer, posó la boca en su cuello e, inesperadamente, agarró entre sus manos fuertes los pechos de Paula, que se alzaban turgentes por el mismo deseo que lo consumía a él.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás dejándose llevar por el momento. Sasha gruñó con satisfacción animal, con su boca todavía en su cuello, y no pudo evitar la sonrisa que torció su boca de nuevo, complacido.

—Quieras o no, voy a hacerte mía —murmuró con la voz ronca por el deseo.

—Sí, Herr —susurró ella sin percatarse, nublada por el deseo que la consumía.

Sasha sonrió satisfecho: ella era suya, sólo que aún no lo sabía. La alzó y la colocó contra la pared de cristal del ascensor, colándose entre sus piernas abiertas. La falda estrecha crujió por el brusco movimiento, rasgándose.

Paula no se había dado cuenta de lo que había dicho en voz baja, pero él sí. Ahora más que nunca, estaba en sus manos. Él tenía razón: era la misma mujer que lo llenaba de esa forma extraña para, después, dejarlo vacío. Se sentía bien, poderoso, era el dueño de las dos mujeres que ocupaban su mente.

Paula no podía dejar de jadear mientras derramaba sin control su humedad sobre los pantalones del hombre. Estaba perdida.

O, tal vez, el que se había perdido era él.

La música del ascensor los avisó de que habían llegado, devolviéndolos a la realidad. Paula se sentía avergonzada, casi había dejado que él llegase todo lo lejos que quisiera, pero no podía. Tenía que olvidarse de Sasha, pertenecía al Herr.

Frustrada y furiosa consigo misma, salió del ascensor.

—¡Espera! —la llamó él.

—Lo siento, tengo prisa.

—¿Vas a verlo?

—No es asunto tuyo.

—Si no lo amas, ¿por qué estás con él?

—Ya te lo he dicho, le debo mucho y voy a cumplir lo acordado con él, así que, por favor, te ruego que te mantengas alejado de mí, déjame. Búscate a otra con la que pasar el rato. Karen es preciosa, y seguro que no le importa hacerte un hueco en su cama.

—Ni a ella ni al resto de las mujeres de la oficina.

—Pues eso mismo. Busca entre todas una que sea tu tipo.

—Mi tipo eres tú.

—Pero yo soy de otro, así que aléjate de mí.

—Paula... —volvió a susurrar él junto a su oído, abrumándola. Se divertía con el juego. Ahora sabía que él resultaría vencedor, hacia donde quisiera que la balanza se inclinase—. Eres mía. Me perteneces, sólo que aún no te has dado cuenta.

Y con ese susurro que la estremeció, se alejó de ella.

Más enfadada todavía por lo que sentía junto a Sasha, Paula se dirigió hacia la parada de taxis, la misma que día tras día utilizaba. Se le había hecho muy tarde, apenas le quedaba tiempo para llegar puntual a la cita, así que había decidido ir directamente a La Elección sin pasar antes por casa. Cansada, le facilitó al conductor la dirección del local.

Cuando llegó, se dio cuenta de que era un sitio tan discreto que, si no conocías su existencia, pasaba desapercibido. «Exclusivo», se podía leer en la puerta oscura a la que llamó.

—Buenas noches, señora —la recibió una de las chicas con esa sonrisa estudiada y profesional

que todas usaban. ¿O serían la misma mujer? Quizá se parecían tanto entre sí como las candidatas que se sometían a la selección—. Bienvenida.

—Buenas noches. Gracias.

El procedimiento fue el mismo que cada noche, con tan sólo una variante: ahora tenía una tarjeta con un chip en el que se guardaba toda la información. La mujer sólo tuvo que pasarla y comprobar que todo estaba correcto, que su nombre aparecía en la lista exclusiva de las afortunadas elegidas.

A continuación, se levantó para acompañarla y su melena oscura por encima de los hombros se movió con gracia. Era una chica bonita de rostro ovalado, nariz un poco respingona, ojos grandes almendrados y boca exuberante.

Como en las demás ocasiones, la llevó a la sala donde la ayudaría a prepararse.

—¿Podría darme una ducha? —solicitó Paula, pues no había tenido tiempo y la necesitaba.

—Por supuesto, señora —contestó la chica mientras le daba acceso al baño.

Una vez aseada, vestida y con el antifaz puesto, fue guiada de nuevo a la sala de la pared de cristal, donde esperaría pacientemente que el Herr la eligiese. Sólo deseaba que a él le apeteciese tanto como a ella estar a solas, porque no estaba segura de poder soportar verlo de nuevo regalando esas caricias que sentía como propias a otra.

Tal vez debería haber negociado los términos del contrato. En ninguna cláusula figuraba que él tuviese que serle fiel a ella, o que no pudiese ser de otra. Ese punto sólo la afectaba a ella.

De nuevo, la tensión la hizo desear dar un paso adelante. Las otras mujeres esperaban al igual que ella, nerviosas. Las demás, porque creían en su ignorancia que tenían una oportunidad de estar con el Herr, y ella, porque deseaba ser la única elegida. Quería ser su única elección.

No tenía fuerzas para compartirlo. Esa noche, no podía... Tan sólo lo necesitaba para sí. Solos.

Quería que se la follase como si no hubiese un mañana, necesitaba sentir de nuevo un orgasmo liberador que la transportase lejos de su mierda de vida.

El Herr entró en la habitación dejando tras de sí un camino de jadeos y gemidos, de esperanza y necesidad. Se acercó hasta ella, colocándose detrás para permitir que su endurecido miembro la rozase mientras olía su cuello.

Aquella mujer lo tenía tan enloquecido que no quería alargar más la espera, así que la agarró por la cintura y la obligó a seguirlo.

Una vez a salvo de miradas, en la habitación, Paula sólo podía pensar en arrancarse la máscara, quitársela a él y verlo. Contemplarlo desnudo, sin nada que ocultase su personalidad, pero no podía. Era una de las condiciones del trato. La identidad de ambos se mantendría secreta.

—Te he añorado durante todo el día, se me ha hecho eterno —susurró él una vez a salvo en la oscuridad de la habitación—. ¿Me has extrañado tú a mí?

—Sí, *mein Herr*. Mucho —jadeó Paula enloquecida.

¿Cómo era posible que sólo unas palabras la tuviesen tan excitada? Sin embargo, no eran sólo las palabras, había mucho más. Había sido un día infernal junto a Sasha, que de nuevo se cruzaba en su mente como si fueran uno solo.

Aunque eso era... imposible.

—Te he preparado una sorpresa —sonrió él.

Paula no podía decir nada. El Herr la había cogido en brazos y la llevaba a la cama, donde la posó con cuidado.

—¿De qué...?

—Chissss —la interrumpió—, se te ha olvidado que sólo puedes hablar para decirme que sí a todo.

—Sí, Herr —contestó entrando en el juego.

—Buena chica —murmuró mientras le soltaba el pelo.

Deseaba verla como en la oficina, su larga cabellera suelta moviéndose al ritmo de ella. Cogió

una cuerda y la pasó alrededor de sus muñecas, uniéndolas. Después ató el otro extremo a la cama.

—Hoy te he echado tanto de menos que no voy a dejar que te escapes. Llevo todo el día ciego de celos pensando en si otro se habría atrevido a tocar lo que es mío y si tú se lo habrías permitido —ronroneó castigándola—. ¿Has sido una buena chica?

Paula dudó un instante. En realidad no tenía ninguna obligación de hacerlo, sólo le había prometido ser suya durante treinta noches, nadie había hablado de los días.

—Dudas... ¿Hay algo que contar?

—Sí, Herr.

—Está bien, habla.

—Sólo me comprometí a darte las noches, los días no son de tu incumbencia.

Y Sasha sonrió. Le encantaba cuando ella se rebelaba y le gustaba cuando era sumisa. Le gustaba que se comportase de formas diferentes. Y ella era inteligente. Tenía razón, y él, en su prisa por redactar el contrato, se había olvidado de una parte muy importante. Un fallo que iba a tener que remediar. Le había dejado los días libres para hacer lo que quisiera. Eso lo llevó a pensar que tal vez ella le había dado vueltas al asunto de cómo estar con Sasha de día sin infringir el contrato que tenía con el Herr por la noche.

—También quiero los días —replicó—, quiero los treinta días completos.

—No puedo —murmuró Paula.

—¿Hay otro? —preguntó furioso.

Sasha no entendía por qué se molestaba: ¿sentía celos de sí mismo? No, no eran celos de sí mismo, sino de que hubiese otro que la hiciera sentir lo que él. No quería eso, la deseaba sólo para sí. Pero ¿para cuál de los dos? ¿Para el Herr o para Sasha?

—No, no lo hay... todavía.

—Pues no lo habrá. Cuando acabe contigo esta noche, no permitirás que nadie más te toque, nadie que no sea yo.

Paula casi no podía ver nada, pero pudo percibir que él se quitaba la camisa negra que llevaba puesta.

Sasha se dio la vuelta dejándola contemplar de nuevo esas alas que no sabía a qué pertenecían... Enseguida regresó y ella se reprendió a sí misma: debería estar asustada. ¡La había amenazado!

Aunque algo en su interior le gritaba que la tortura a la que la iba a someter el Herr la haría gritar, sí, pero de placer. Estaba segura de que iba a tratar de volverla más loca que las veces anteriores.

Desnudo, él se acercó a ella, le sacó el vestido por las piernas y la dejó sólo con la ropa interior. Sasha no podía disimular la erección que palpitaba entre sus poderosas piernas mientras admiraba su hermoso cuerpo cubierto de encajes y seda negra. La iba a dejar así, por el momento. Quería enloquecerla hasta que sólo hubiese cabida para uno de ellos en su cuerpo, en su mente y en su alma.

El problema era que no tenía claro a cuál de los dos otorgaría el privilegio: si a Sasha o al Herr.

Mientras debatía cuál debía poseerla por completo, se sentó sobre ella y comenzó a acariciarla despacio, con reverencia.

Sus pechos redondeados, cuyos pezones se alzaban hambrientos reclamando más caricias, sus costillas, notando cómo la piel se erizaba tras el roce, sus jadeos cada vez que masajeaba sus firmes muslos... Llenaban la habitación, y los gruñidos ahogados cada vez que frotaba el pulgar por su labio inferior lo excitaban atormentándolo.

La boca del Herr se torcía en una sonrisa traviesa cada vez que la tocaba, disfrutando de su sensual contacto, que lo obligaba a cerrar los ojos.

Esa noche sabía que lo necesitaba tanto como él a ella, había sido un día duro para ambos, muy

duro, y no creía que pudiese alargar mucho el hecho de que deseaba enterrarse en su interior todo lo profundamente que sus cuerpos se lo permitiesen y descargar su furia en su interior, transformada en placer.

Paula moría de deseo, entre sus manos se derretía como fuego líquido pero, al ver cómo el Herr sacaba unas pequeñas tijeras, se asustó y trató de alejarse, aunque el peso del hombre y sus manos atadas se lo impidieron.

—Nunca te haría daño, *mein Stern*—dijo, y era verdad, nunca podría hacerle daño a esa mujer. A esa que había sufrido tanto y aun así se había levantado una y otra vez. Como él—. Sólo voy a hacer más grandes las aberturas para los ojos, quiero que me veas mejor.

Paula asintió aliviada, se le habían pasado tantas cosas por la mente...

—Cierra los ojos —murmuró—, no quiero hacerte daño.

Ella obedeció, y el Herr, con mucha delicadeza, cortó algo de tela alrededor de las estrechas aberturas para hacerlas más grandes.

Una vez contento con el resultado, se detuvo.

—Abre los ojos —pidió.

Paula obedeció y respiró aliviada, ahora veía con mayor claridad. Podía ver su rostro, su barba incipiente, sus ojos azules, tan oscurecidos por el frenesí que parecían negros, su pecho musculoso vibrando sobre ella y su miembro, erecto, dispuesto para penetrarla y llevarla lejos, como siempre.

—Mírame —ordenó.

—Sí, Herr.

Paula observaba a su señor, que comenzaba a masturbarse mientras estaba sentado sobre su cuerpo. Jadeó y gimió rogando alguna caricia para sí.

No lograba entender la facilidad de ese hombre para encenderla, para hacerla desear más.

Sasha disfrutaba de su sufrimiento, sabía que su cuerpo bullía hambriento, que lo reclamaba para sí. Pero deseaba castigarla, necesitaba que supiese que estaba molesto por pensar en otro.

Con una mano acariciaba sus piernas y, de vez en cuando, dejaba que ésta pellizcase su vulva, inflamada y ardiente.

Cada vez que le regalaba un pellizco, ella gritaba. Sus caricias racionadas eran el mejor afrodisíaco, con cada gruñido pedía más. Y él estaba empezando a perder la razón.

La levantó de la cama con brusquedad. No era capaz de mantenerse alejado de ella más tiempo, no todavía. La había deseado durante todo el maldito día, que se había hecho eterno e infernal.

La colocó de rodillas, le apartó las bragas y la penetró con fuerza soltando un gruñido de satisfacción que se unió al suspiro de la mujer.

Se movía dentro frenéticamente, ansioso por encontrar un alivio que había guardado durante todo el día, por ella, para ella.

—Quiero que te corras por mí, sólo por mí —jadeó fuera de sí.

Paula no podía dejar de gemir, de jadear, de suspirar, él lograba hacerla sentir tanto con el sexo... No era para nada como con los demás, como podría haberlo sido bajo el cuerpo pesado y grasiento de su padrastro; no como lo era para su madre, un sacrificio. Igual que había sido para ella esos años atrás, cada vez que pensaba que esa persona era la adecuada, llegaba ese momento y era insoportable, y ahora, en cambio, lo insoportable era mantenerse alejada de él y de Sasha.

No había podido quitárselo de la cabeza, ni siquiera ahora, no podía desprenderse del todo de su imagen. De alguna manera, su mente seguía empeñada en compararlo con su Herr.

Éste le golpeó un cachete y le arrancó un grito mientras la penetraba más a fondo, más deprisa, más duro...

Paula lo notó de nuevo, estaba formándose ese remolino que la arrastraría más tarde a ese mundo de placer más abajo de su estómago. Pudo notar cómo luchaba por salir, por arrasarla. La mano masculina se enredó en su larga melena y tiró de su cabeza hacia atrás, obligándola a arquear la espalda y quedar más expuesta.

Sasha creyó que iba a morir allí mismo. La penetró más a fondo, quería llegar a todos los rincones de su cuerpo, deseaba llenar su alma, alimentar los latidos de su corazón para que continuasen palpitando con fuerza cuando él ya no estuviese...

Porque, al final, se cansaría, la dejaría como a todas las demás, porque Anya, de alguna forma, y aun sin estar, se encargaba de destrozarlo cada vez que creía que podía volver a amar...

—Córrete. Ahora.

Y Paula se dejó ir, permitió que la oleada de placer la inundase y ahogase sus gemidos. Él la apresó con fuerza de las caderas y se hundió más aún, algo que pensaba que era imposible. Sus gritos se unieron a los de ella, que todavía se contraía disfrutando las últimas oleadas de placer. Su sexo apretaba el suyo, vaciándolo por completo y llenándolo de una satisfacción que no siempre había saboreado.

El cuerpo laxo del Herr cayó sobre el de ella. Permanecían unidos y Paula todavía era capaz de sentir escalofríos recorriendo su cuerpo. No deseaba que se moviese, deseaba tenerlo dentro para siempre, sabía que sólo era una ilusión, un deseo que nunca sería satisfecho, pero le agradaba la idea. Quizá eso fuese sentirse enamorada, desear que la otra persona te poseyera para siempre... Sin embargo, no podía estar segura, no había sentido ese famoso revuelo de mariposas del que todo el mundo hablaba.

Escuchó la respiración tranquila y uniforme de él sobre ella. Ahora estaban tendidos, sus manos seguían atadas, pero no le importaba, ni siquiera le molestaba. Le gustaba sentir por una vez que pertenecía a alguien que no tenía la intención de lastimarla.

Era tan agradable. Cerró los ojos un momento y se dejó aturdir por el sueño.

Sasha estaba sorprendido, nunca se había sentido más... satisfecho. Notaba a Paula relajada bajo su peso. Había sido un día largo, lo sabía bien porque lo había padecido junto a ella.

Parecía que se había sumido en un sueño profundo y pensó en dejarla descansar un rato, pero no toda la noche: necesitaba hacerla suya de nuevo. Si pudiese, no saldría de la cama nunca. Pero eso no era posible.

No quería dejarse enredar en las mentiras de su mente, él sabía que nunca podría ser.

—Sólo mía —murmuró sobre su hombro mientras la besaba con cuidado.

A continuación, se giró para quedar junto a ella y no hacerle daño con su peso. Eso nunca antes le había importado; ahora, sí.

Tal vez porque, por primera vez, había conocido a alguien como él, alguien que sabía qué era estar solo de verdad, esa soledad que únicamente llegaba cuando tu familia, las personas que realmente importaban, te dejaban de lado, te lastimaban... Ese dolor que no podía compararse con ningún otro.

No podía dejar de preguntarse cómo había sobrevivido ella, cómo había sido capaz de salir adelante sin ayuda de nadie. Una chica valiente que necesitaba que la dominasen, que le dijese qué era lo que debía hacer o sentir para gozar del sexo. Tal vez necesitaba tanto acatar órdenes porque nunca había tenido una madre que dirigiese sus pasos.

Formaban una extraña pareja: complicada, imposible y a la vez perfecta. Lástima que lo suyo no pudiese ser.

Paula abrió los ojos aturdida por el sueño. No sentía frío, sólo calor. Giró la cabeza y lo vio a su lado. En algún momento de la noche, le había desatado las muñecas y ahora podía abrazarlo. Dudó por si no era lo correcto, por si el Herr se enfadaría ante esa muestra de cariño que no había solicitado, pero el anhelo por volver a sentirlo contra su piel la obligó a actuar por impulso. Al hacerlo, sintió renacer de nuevo el calor en su interior, ese hormigueo entre las piernas que le gritaba que aún no estaba satisfecha. Sonrió junto a su hombre, deseaba hacerlo suyo. Temía que él se enfadase por su osadía pero, a la vez, no temía el castigo que deseaba imponerle, segura de que lo iba a disfrutar.

Se colocó sobre él y besó su cuello, su hombro, su brazo, la mano..., y se detuvo en ella: tenía la palma marcada. Dos finas líneas paralelas recorrían de arriba abajo su palma y sus dedos. Paula se preguntó cómo habría sido.

Introdujo uno de los dedos en su boca y lo lamió, recordándole la forma en que la otra mujer, unas noches atrás, había lamido su polla mientras ella los observaba.

Paseó su lengua por el escultural abdomen del Herr, que se movía inquieto, y llegó hasta su miembro. Iba a hacer algo que nunca antes había hecho, con cuidado de no lastimar la zona con los dientes, la colocó dentro de su boca y comenzó a lamer tímidamente la punta con su lengua

húmeda.

Sasha se despertó por el placer que recibía sin tener que pedirlo y ordenarlo y, al abrir los ojos, la vio, arrodillada a su lado de la cama con su sexo dentro de la boca.

¿Podía haber algo más hermoso?

Verla sobre sus rodillas, con las bragas mal colocadas por la experiencia anterior y con su cabello dorado moviéndose al ritmo de su boca, le hizo pensar que iba a morir de placer. Pudo notar cómo crecía en su interior, y su verga palpitaba dentro de la boca de ella, llenándola.

Separó los labios para hablar, pero sólo consiguió soltar un gruñido gutural. Ella abrió los ojos en su dirección y se detuvo, tal vez esperando una orden...

—*Sigue, mein Stern*, no te detengas... —murmuró casi sin voz.

Complacida por el placer que era capaz de regalarle a su Herr, Paula continuó lamiendo su miembro. Sasha se dejó hacer, se relajó disfrutando de que fuese ella la que tuviese el control; estaba bien dejar de controlarlo todo por un momento, tan sólo sentir...

Cuando creyó que ya nada podía ser más perfecto, sintió su mano libre acariciar sus testículos, jugar suavemente con ellos. Paula sonrió al notar su excitación, al comprobar que ahora era él el que se aferraba a las sábanas.

Sacó el miembro de su boca y se levantó sobre el cuerpo del hombre, que ardía al igual que el de ella. Su sexo la aguardaba listo para penetrarla, y no lo hizo esperar. El primer contacto fue delicioso, tanto que su boca dejó escapar un pequeño hilo de saliva, que goteó por su barbilla.

Saber que podía hacerle sentir tanto placer le dio seguridad y decidió probarlo de nuevo. Se separó de su cuerpo hasta que el miembro estuvo fuera casi por completo y, entonces, otra vez, dejó que entrase, invadiéndola hasta el fondo y consiguiendo arrancar nuevamente un jadeo estremecedor a la garganta de su Herr.

Escucharlo la enloquecía, y permitió que las emociones tomaran el control. Se movía sobre él de arriba abajo, despacio, disfrutando de las sensaciones que recibía y del placer que él le devolvía.

Se inclinó hacia atrás y apoyó las manos en los tobillos del Herr para sentirlo más adentro. De repente notó sus dedos jugar con los rizos húmedos de su sexo: los acariciaba y se enredaban en el vello rizado. Suavemente, a continuación, él comenzó a pellizcar el clítoris, a rozarlo.

Paula no podía entender cómo era posible sentir tanto placer, cómo era posible que algo que para ella era horrible, una obligación, un pago que había que realizar a cambio de mantener a su lado a un hombre, se hubiese transformado en algo tan placentero que enturbiaba sus sentidos y embargaba su alma, una droga a la que se había vuelto adicta.

Aceleró sus movimientos ansiosa por volver a sentir ese placer que la hacía estallar en miles de trozos de deseo y el Herr se unió a su ritmo, logrando así que Paula creyera que se partía en dos, que la cabeza le iba a estallar. El placer le nacía de dentro y le llegaba desde fuera.

Y lo sintió, lo notó llegar destruyendo todo a su paso, dejando sólo hueco para ese momento que la sumergió en un delirio delicioso.

Cuando los espasmos se calmaron, se colocó sobre él y, sin apartar la mirada de su rostro, se movió más rápido, cada vez más. El Herr la apresó por las caderas y hundió el rostro en su pecho, jadeando con dificultad.

Paula lo cabalgaba ciega por la excitación, que aún persistía y se acrecentaba con cada acometida. Las manos del Herr abandonaron su cintura y se enterraron en sus nalgas, sus dedos acariciaban la zona suavemente, descubriéndole un placer que no pensaba que fuese posible.

Jadeaba, gemía y suspiraba abrazada a él, enredando sus manos en su cuello, en su pelo... y, así, de nuevo la explosión llegó acompañando la liberación de él.

Paula cogió el rostro de su Herr entre las manos y lo miró mientras se corría dentro de ella, llenándola. No podía dejar de observar cómo su profunda mirada azul se tornaba gris perdida en el deseo, nublada por la lujuria que despertaban el uno en el otro y que no parecía tener fin.

Rendidos, se dejaron caer en la cama de nuevo, él la acogió entre sus brazos y la rodeó con una de sus piernas. Paula podía sentir el latido desbocado del corazón del Herr en su espalda, retumbando con fuerza.

—Pensé que no tenías corazón —susurró sin darse cuenta de que había confundido al Herr con Sasha.

—Yo también —contestó él. Tampoco midió el significado de sus palabras.

El teléfono sonó y Paula se despertó cansada. Sentía que le dolían todos los huesos del cuerpo y cada centímetro de piel. Tanto placer le iba a robar la vida. De hecho, ya le había robado el aliento y el sueño.

Se levantó tambaleándose y se dirigió en busca de su bolso... Su bolso... ¿Dónde estaba?

Entonces recordó que no era su teléfono el que sonaba, que a ella no se le permitía llevar uno. Debía de ser de él.

¿Dónde se habría metido?

Prestó atención y oyó el agua de la ducha correr. Se dirigió al baño y abrió la puerta despacio. La ducha tenía una puerta de cristal que no dejaba nada a la imaginación. Lo encontró de espaldas a ella, frotándose el pelo con la espuma que el jabón había formado mientras el agua resbalaba sobre su cuerpo.

La boca se le quedó seca. Era el hombre más perfecto que había visto nunca. Ni siquiera los modelos que aparecían en las portadas de sus revistas tenían un cuerpo como ése.

Se fijó en el tatuaje que ocupaba casi toda su espalda, volvió a ver las alas, pero no eran de pájaro, Eran unas alas plateadas, hermosas y grandes, que parecían pertenecer a su propio cuerpo.

—Buenos días —murmuró sintiendo que no estaba bien espiarlo de esa forma—. Tu teléfono no deja de sonar.

—¡No mires! —exclamó—. ¡No llevo la máscara!

—Está bien, lo siento, sólo quería una ducha.

Sasha se empalmó al imaginarla bajo el agua caliente junto a él. Si no se entretenían mucho, todavía había tiempo para disfrutar de ella una vez más, y eso le agradaba. ¿Accedería?

—Dame el antifaz, está sobre el mueble del baño —pidió.

Paula obedeció y se acercó a la ducha para entregárselo. Mientras se lo colocaba sobre los ojos, ella aprovechó para observar el tatuaje con detenimiento.

Era hermoso, como él.

—¿Qué significa? ¿Por qué unas alas? ¿Ansías volar?

—Es una metáfora, es para recordarme que resurgí de las cenizas y que, si tuviese que hacerlo de nuevo, lo haría.

—Me gusta, quizá yo me haga uno.

—Estarías preciosa con alas.

Paula se quedó en silencio mientras se quitaba la ropa interior. Era increíble que hubiese mantenido dos veces relaciones durante la misma noche sin necesidad de deshacerse de las bragas.

—Voy a meterme en la ducha. Y voy a tener sexo contigo de nuevo —informó sólo por si le quedaba alguna duda.

Sasha sonrió. Era insaciable, como él. Se parecían más de lo que le habría gustado, y la imagen de una relación con ella ya no le resultó tan descabellada.

Paula abrió la puerta de cristal y dejó que el calor del agua y el del cuerpo del hombre que la recibía excitado traspasasen los poros de su piel.

Sasha la apresó del cuello con fuerza y la besó con desesperación.

—Espacio —murmuró ella.

—No puedes decirme que vas a entrar en la ducha para follarme y pretender que, después de eso, mantenga la calma.

Paula rio con ganas, no las tímidas muecas que le sacaba Mandy, sino una risa de verdad que su

Herr atrapó en su boca complacido. Era la primera vez que la oía reír, y le gustaba.

Le había llenado el pecho de satisfacción.

Sus bocas se enredaron mientras sus cuerpos desnudos se alimentaban el uno al otro con roces y caricias.

Él la levantó y la penetró, la pared de azulejos fría en su espalda, las manos de ella acariciándole, sintiéndolo, dejando que entrase en su interior, demasiado profundo. Paula no era capaz de dejar de pensar que eso que había entre ellos tenía que ser algo más. No podía ser sólo sexo, no podía ser una simple atracción, pero ¿podría ser amor?

El agua caliente caía entre ambos, limpiándolos de los restos de la noche anterior y llevándose los nuevos fluidos junto a los jadeos y los suspiros que Paula no era capaz de acallar.

Sasha no lograba comprender qué le sucedía, ¿cómo era posible que, aunque quedaba plenamente satisfecho, parecía no saciarse nunca?

—Cierra los ojos y relájate, *mein Stern*—murmuró.

Paula asintió sin saber qué decir. Cuando le daba órdenes con esa voz roca y musitada, parecía quedarse sin voluntad.

Lo obedeció sin rechistar y se apoyó contra la pared de azulejos con los ojos cerrados. De repente sintió algo frotando su clítoris. Era extraño, pues, a pesar de ser algo rígido, no la hería, ¿sería un consolador?

Deseaba abrir los ojos, pero la prohibición del Herr y el deseo intenso se lo impedían. Permitió que obrase su magia, sus dedos se movían entre sus labios mientras la acariciaba suavemente con ese objeto de punta redondeada.

—¿Te gusta, *mein Stern*?

—Sí, Herr —contestó entre jadeos.

—Lo imaginaba —murmuró él mientras continuaba con la deliciosa tortura.

Paula no dejaba de preguntarse lo que sería, aunque en realidad le daba igual: nada le importaba salvo el placer que le provocaban sus manos en su sexo.

Uno de sus dedos se introdujo entonces dentro de ella y comenzó a moverse al igual que lo haría su polla, dentro y fuera, describiendo los mismos círculos que el aparato que usaba para ayudarse a masturbarla.

Las manos de Sasha se perdían en la belleza cálida del cuerpo de Paula, era increíble cómo disfrutaba complaciéndola, de nuevo disfrutaba tan sólo al verla retorcerse de placer. Le gustaba sentir que le regalaba esos momentos que nunca olvidaría.

Se arrodilló para adorarla, la deseaba de una manera salvaje, irracional. Prescindió del bote de desodorante que estaba usando a modo de consolador y dejó que su lengua fuese la que arrancase cada grito y cada jadeo que llevó a Paula a perderse en el éxtasis de su placer.

¡Otra vez llegaba tarde! Si Sasha la descubría..., estaría en un buen lío. Salió del taxi a toda prisa y trató de nuevo de correr con los malditos tacones. Unas zapatillas era lo que iba a tener que usar todos los días a partir de ahora.

—¿Tarde? —la detuvo la voz de Sasha.

—Lo siento, me he quedado sin agua caliente en la ducha —se excusó, y no era del todo mentira, pues el calor de sus cuerpos era tan intenso que parecía que el agua estaba helada.

Sasha no pudo evitar sonreír al recordar el bote de desodorante con el que la había masturbado. Ya nunca podría verlos tan sólo como pobres imitaciones del pene; ahora sabía que con imaginación se podían usar para mucho más.

La miraba sin poder apartar los ojos de ella, sonreía y era consciente de que era por él o por *sua alter ego*, el Herr. El amo, el señor. Pero, al fin y al cabo, los dos vivían dentro de él. Su pelo aún estaba húmedo, lo que le trajo el recuerdo de cómo lo había frotado dentro de la ducha y cómo de nuevo él había tenido deseos de hacerla suya.

Nunca antes le había pasado; esto se estaba convirtiendo en una enfermedad que no lo dejaba respirar ni pensar con claridad. Esa mujer era un virus que estaba infectando poco a poco su mente y su cuerpo, provocándole... felicidad.

Sí, ése era el síntoma principal de ese virus que le hacía sentirse tan bien... Había llegado a plantearse la posibilidad de decirle quién era y que sabía quién era ella, pero le daba miedo su reacción. No quería perderla, no ahora. No deseaba que pensara que lo había sabido desde el principio y que la había engañado.

Sólo necesitaba un poco más de tiempo, unos días más, y estaba seguro de que todos esos sentimientos extraños que ahora lo alborotaban se calmarían hasta desaparecer.

—¿Un café? —ofreció.

—Llego tarde —sonrió ella.

—El jefe no se va a enterar —bromeó Sasha.

Ella le devolvió la sonrisa. Parecía que estaban relajados el uno en compañía del otro. Aunque todavía recordaba su reacción en el ascensor, a él le alegraba saber que incluso siendo tan sólo Sasha la atraía.

—Está bien —contestó ella.

Y juntos se fueron a tomar un café. Fue agradable, Paula pensó que fuera de la oficina y, si dejaba de lado su obsesión por hacerla suya, Sasha era muy agradable.

—Se te ve feliz hoy —dijo sin más.

Él se detuvo. Era verdad, lo estaba, y al parecer no pasaba desapercibido.

—He pasado una gran noche.

—¿Una mujer? —preguntó un poco molesta.

Notó el estómago revuelto mientras esperaba la respuesta, ¿eso eran celos? No tenía derecho, lo había rechazado, le había aconsejado buscarse a otra y, al parecer, él había seguido su consejo.

Sasha se planteó cómo decirle que era ella, que era el Herr, que era el dueño de ese local y de la revista. No sabía por dónde empezar para no espantarla, y temía que echase a correr y lo acusara de engañarla. Así que debía medir sus palabras si no quería perder la oportunidad de descubrir al menos qué pasaba entre ellos: si era real, si era posible...

—Sí, creo que es la mujer —sonrió.

—Me alegro por ti y por ella.

—Bueno, a ella aún no se lo he dicho.

—Así que ella no sabe que puede ser la mujer de tu vida... Interesante.

—Espero que lo descubra.

Paula iba a abrir la boca, pero el teléfono de Sasha sonó y tuvo que atender la llamada mientras le pedía un momento con un gesto de la mano.

—Sí, entiendo... Ahora mismo. No, estoy justo aquí, en el edificio. Enseguida subo.

Acabó la conversación y colgó el teléfono. Serio, miró a Paula y se excusó.

—Lo siento, tengo que subir ya. Al parecer, hay problemas. El abogado me espera.

—Claro, por supuesto.

Ambos salieron con el café a medias hacia la oficina. De nuevo juntos en el ascensor, al menos ahora había más gente dentro del habitáculo. Eso impedía a Sasha tocarla, aunque era lo que deseaba, era lo que había deseado desde que la había visto por primera vez tras la pared de cristal de La Elección con la boca entreabierta, como si no deseara en realidad estar allí, su indecisión, su aroma, la esperanza...

Esa vez había acertado en su elección y no quería perderla, tal vez era hora de intentarlo de nuevo, de darle una oportunidad de ser feliz.

Sí, estaba decidido, se lo diría esa noche. Le contaría toda la verdad, no veía el momento para hacerlo. La ansiaba a todas horas, no sólo de noche, no quería máscaras entre ellos, deseaba mirarla a los ojos y ver todo el placer que le hacía sentir.

Al salir del ascensor, la retuvo de la mano un instante.

—Me gustaría hablar contigo más tarde...

—Sí, claro, jefe. ¿De algo en concreto?

—Sí, quiero informarte de que he decidido quedarme contigo más tiempo del acordado.

Sasha se alejó y Paula se quedó inmóvil, incapaz de moverse. ¿Había dicho lo que creía que había dicho? Entonces, ¿estaba en lo cierto? Era él, eran el mismo... No. No podía ser. El Herr era alemán, Paula no conocía mucho el idioma, pero lo suficiente para reconocer el acento, y Sasha era ruso, podía notar su leve pronunciación, sobre todo cuando decía su nombre... No, tenía que haber algún error, debía de haber malinterpretado sus palabras, ¿o no?

Probablemente se refería al trabajo, tal vez... ¿Habría sopesado la posibilidad de despedirla?

Le dio varias vueltas al asunto mientras nerviosa movía su silla de un lado a otro. Ni siquiera recordaba cuándo había llegado a su despacho o cuánto tiempo había pasado.

Sabía que quizá él seguiría ocupado, pero no podía esperar más sin saber qué sucedía. Se levantó sin pensarlo y se coló en su oficina. Sin llamar.

Al abrir la puerta, observó que no estaba solo. Una mujer alta de suaves curvas y melena dorada parecida a la suya estaba con él.

Al oír el sonido de la puerta al abrirse e interrumpirlos, ambos se giraron y Sasha miró a Paula... ¿Asustado? ¿Herido? ¿Enfermo?

No habría sabido decirlo y, tampoco habría podido, estaba muda por la impresión. Las piezas se colocaron solas en el puzle y cobraron sentido.

—Lo siento, Sasha, pensé que ya no estarías ocupado —se disculpó.

—Creí que te habías olvidado de mí, *mein Herr*, pero veo que sigues buscándome en cada mujer de la que te rodeas —pronunció la voz cortante y afilada de la desconocida al ver a Paula, haciéndose eco de sus propios pensamientos, pues ella al verla también notó el parecido entre ambas.

—¿*Mein Herr*?—acertó a decir ella tragándose las lágrimas, que llegaron tan intensas como el dolor al saber que había estado en lo cierto.

—¿No te obliga a llamarlo así cuando te folla? Porque en mi memoria aún mantengo fresco el recuerdo... Sí, Herr —murmuró la mujer mientras lo miraba con deseo, recordando algo que sólo ellos sabían.

Paula se sentía más humillada que nunca en su vida, y el dolor era tan intenso y apretaba tan

fuerte su pecho... Dolía más que aquella tarde en la que escapó de los brazos de su padrastro. Ni siquiera aquello la había herido tanto y tan profundamente.

La mujer la miraba sonriendo, sabiendo que la había herido, justo como pretendía. Paula se sentía engañada, confusa... A pesar de que en su interior relacionaba a ambos hombres..., había tenido que ser esa mujer la que se lo clarificase, no él.

—Sasha, ¿es cierto? ¿Eres el Herr?

—Era lo que iba a explicarte más tarde...

—Pero eres ruso, el Herr...

—Querida niña, no sabes nada de Alexander. Su padre es ruso, pero su madre..., ella era austríaca, ¿verdad, *mein Herr*?...

—Paula, yo... ¡Paula!

Sin escuchar la súplica en la voz de Sasha, que la llamaba, salió de la oficina sin mirar a nadie, sin mirar atrás. No quería llorar delante de nadie, y menos de esa mujer que parecía hecha a su medida, tan sólo deseaba alejarse de allí.

No tenía que ser muy lista para darse cuenta de que esa mujer era la misma que le había roto el corazón, la culpable de que él no quisiera amar, la culpable de que Paula fuese sólo una copia barata de ella, un reflejo, un deseo de él.

¿Las castigaba para, de alguna manera, vengar el abandono? ¿Las poseía a todas guardando las distancias para sentir que era capaz de olvidarla, de estar con ella sin que su corazón saliese herido de nuevo?

Pues ella tenía una reclamación que hacer. Nadie había estado nunca en su corazón, y ahora éste sangraba por el daño que él le había hecho.

Dejaba un rastro de sangre mientras huía hacía ningún lado, mientras trataba de alejarse del dolor que ahora la consumía, del miedo que le causaba pensar que de nuevo no iba a ser capaz de disfrutar del sexo, de sentir lo que sentía junto a él.

Antes lo anhelaba, pero no sabía lo que era sentirse así. Ahora, el ansia sería más dolorosa porque había conocido la intensidad de los sentimientos que podía llegar a albergar.

Sasha estaba enfadado como nunca antes. ¿Cómo se atrevía Anya? Tan sólo tardó unos segundos en reaccionar y acercarse.

—¿Qué demonios quieres? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

—Tranquilo, Sasha, tranquilo, todo está bien.

Anya lo conocía e intentaba calmarlo. Su voz suave lo llamaba tratando de arrullarlo como a un niño desprotegido para consolarlo.

—Contesta —replicó molesto.

—Tu padre ha muerto —dijo sin más—. Ahora soy viuda, estoy libre. He venido a buscarte. A llevarte de nuevo conmigo. A casa.

—Estás loca. No quiero saber nada de ti. Ni siquiera diré que siento que haya muerto.

—Sé que no lo piensas en serio. Veo en tus ojos que deseas regresar, recuperar lo que perdiste...

—¡Lo que me arrebataste! —exclamó furioso—. Ahora no deseo nada, no necesito nada.

—Claro que sí, pequeño Sasha, me necesitas a mí. Sin mí no sabes vivir la vida, no la disfrutas. No encontrarás a nadie que te haga vibrar como sólo yo hacía. Y esa copia barata y sin clase de mí no te va a satisfacer.

—Lo hace mejor que tú. Ahora, desaparece de mi vida.

Anya lo miró a los ojos y vio que algo había cambiado. Ya no era el joven al que manejaba a su antojo aprovechando su experiencia, ahora era todo un hombre. Un hombre hecho a sí mismo que la atraía más que años atrás.

—Quiero otra oportunidad.

—Vete.

—Por favor, no sabes cuánto me he arrepentido, cómo sufrí cuando te fuiste y me dejaste sola, abandonada.

—Estabas con tu marido, mi padre —recalcó—. ¿Y te atreves a decir que sufriste? El que lo perdió todo fui yo.

—Yo también te perdí, Sasha...

—Tú me cambiaste por posición y dinero.

—Fui una inconsciente...

Cada vez estaba más cerca, Sasha podía olerla, ese aroma seductor que lo había embriagado desde el primer momento. Lo miró con esos ojos añejados que destilaban una inocencia que nunca había poseído, suplicante. Trataba de embaucarlo y, por un momento, acarició la idea. Sus curvas se movían elegantes bajo el vestido ceñido y negro que usaba, una distracción para sus sentidos.

—Hubo un tiempo en el que habrías sangrado por mí —murmuró Anya y, antes de darse cuenta, su boca se hizo con la suya, un beso estudiado para dar placer. Ella recordaba cómo le gustaba ser besado, aun así, él no sintió nada.

Sasha sólo podía pensar en ese momento en Paula. Apartó a la mujer con fuerza de su lado, despreciándola.

—Sangré por ti una vez —siseó mientras le mostraba la cicatriz de la palma de su mano—, y ahora sé que no merecí la pena.

—Sasha, lo dices sólo porque estás enfadado conmigo todavía, pero sé cómo hacer que me perdones.

—Vete, no te quiero cerca. Regresa a Rusia, no quiero nada, puedes quedártelo todo, tengo de sobra para esta vida y las siguientes.

Anya salió de la oficina enfadada, dejando tras de sí una estela de furia rugiente. Sasha se sentó un momento, le faltaban las fuerzas; sólo podía pensar en que las cosas no podían haber pasado de peor manera. En ese instante, el teléfono sonó. Era su abogado. Por unos minutos se olvidó de todo menos de lo que el abogado tenía que contarle.

Paula llegó a casa y sólo pensaba en enterrarse bajo las sábanas de su cama, dejar que todo pasara, como siempre. Era fácil olvidarse de las cosas cuando uno ponía distancia de por medio, pero en esta ocasión poner distancia significaba renunciar a algo por lo que había luchado sin descanso desde hacía varios años, y eso le hacía cuestionarse si merecía la pena perderlo todo por él. Había sido el único que había logrado enloquecerla y hacerla gritar, el único con el que había podido dejar atrás las imágenes de su padrastro tratando de abusar de ella mientras su madre contemplaba impasible desde la puerta. El único que la había hecho vibrar de una manera que no creía posible y sentir en unas noches mucho más de lo que había sentido en toda su vida.

Ahora ella era la que tenía la elección en sus manos: renunciar a todo o sólo a él. ¿Sería capaz de verlo sin tocarlo? ¿De hablarle sin deseirlo? ¿De vivir sin volver a sentir?

Era una decisión difícil, pero la elección estaba hecha, no iba a dejar que arruinase todo por lo que había trabajado. Si no la deseaba, si prefería a esa tal Anya, ¡que le aprovechara!

Sasha había tenido un día de locos, primero la llamada de su abogado informándolo de los detalles del testamento que Anya había querido obviar. Su padre casi no le había dejado nada, se lo había legado prácticamente todo a él, exceptuando una cantidad de dinero irrisoria y algunas joyas sin mucho valor. Prácticamente en la ruina. Por eso, la muy zorra había vuelto. No lo deseaba, no lo quería ni lo necesitaba, pero sí a su fortuna.

Después, se había pasado el día tratando de hallar a Paula, para darle alguna explicación o hablar con ella aunque ésta no quisiera, pero no la había encontrado.

Las horas transcurrían lentas, demasiado, esperando ese preciso momento, la hora de la elección.

Sin saber cómo lograr acortar las horas que restaban hasta ese instante, Sasha buscó refugio en el último lugar al que había pensado que volvería. Un antro de mala muerte, como los que solía visitar en Rusia a todas las horas del día con la mirada perdida en un vaso de vodka, tan transparente como lo era su dolor.

La imagen de Anya albergando entre sus piernas a su padre lo martirizaba, y el odio que le impulsaba a alzar la botella y tragar el contenido sólo ayudaba a hacerlo menos doloroso.

No hacía ni un año que su madre había muerto y él se tiraba a otra, a la mujer a la que Sasha había decidido entregar su vida. La mujer con la que había descubierto el sexo, disfrutando de una forma en la que nunca había imaginado posible.

Recordaba cómo le gustaba que la dominara, cómo ella se convertía en la sumisa perfecta cuando estaban a solas, cómo le susurraba «*Ja, mein Herr*» a todo lo que solicitaba. Y después..., después le había hecho perder el corazón, la razón y casi el alma...

Las frías noches rusas habían sido testigo de su decadencia, botellas de vodka sin control, peleas constantes..., aunque los golpes que recibía eran lo único que le gritaba que seguía vivo porque podía sentir dolor... Hasta aquella maldita noche en la que casi había acabado con la vida de un hombre tan sólo para sentirse vivo... Esa noche, tocó fondo.

Sasha había sacado del banco el poco dinero que había ahorrado y se había marchado en busca de un destino mejor. Tenía estudios, idiomas y mucha tierra que poner de por medio.

De Rusia llegó a Estados Unidos, donde acabó de casualidad en el mundo editorial. Primero, en

una pequeña revista de deportes que ganó en una partida de póquer y consiguió que fuese creciendo por la buena gestión. Más tarde, ya poseía una de las mejores revistas de moda del mundo, lo que le permitía viajar por muchos países, incluida España...

En cada ciudad de las que visitaba, montaba un club exclusivo. En todas las ciudades había mujeres desatendidas dispuestas a darlo todo por un poco de atención. Sasha había visto la forma más beneficiosa de satisfacer su cuerpo de sexo sin tener que entablar relación con ellas. Cuando se cansaba, dejaba a otro hombre en su lugar, uno tan necesitado como él; a ellas no les importaba quién era el que ocultaba el antifaz, ellas deseaban el misterio, las atenciones...

Y, para él, ellas no habían sido más que una forma de calmar el deseo en su cuerpo.

Así había sido, hasta ella.

Las horas habían pasado lentas, aguardando desesperado por ese momento, la hora de la elección.

Nervioso, caminó hasta su sillón, ese desde el que se dedicaba a mirarlas, a observar cualquier cambio, algo que llamase su atención. Algo que brillase dentro de ellas, como pasaba con Paula. Las candidatas se colocaron en sus sitios lentamente, una a una. El Herr aguardaba con la respiración contenida, esperando verla entrar. Esa noche ni siquiera le apetecía esperar; en cuanto estuviesen todas, iría directamente a por ella. Iba a tener que luchar con todas sus fuerzas para no cogerla, echársela al hombro y llevarla a la habitación. Lo único en lo que podía pensar era en follársela y, una vez la hubiese dejado satisfecha, hablaría con ella.

Pasaron los minutos, todas las candidatas esperaban..., pero había un sitio vacío. Ella no había aparecido. La rabia se apoderó de su cuerpo, creyó por un momento que iba a enloquecer. Se levantó y se dispuso a elegir a una de ellas. No quería, pero debía hacerlo.

Se dirigió a la sala, entró y, con su paso estudiado, las evaluó. Intentó no hacerlo, pero no pudo evitar mirar el hueco disponible que había. Era allí donde quería dirigirse, donde debería haber estado ella esperándolo. ¡Tenían un contrato!

Tras dilatar todo lo posible la elección, se decidió por una, le daba igual cualquiera de ellas, porque esa noche sólo la deseaba a ella. Se detuvo frente a una de las candidatas, la que más se asemejaba a Paula, y estiró la mano un poco. Sin embargo, se detuvo, era la cosa más difícil que había hecho nunca.

Entonces se dio cuenta, lo oyó y, tras ese sonido, el sonido solitario de un latido que provenía de su corazón, salió de la sala sin elegir a ninguna.

Salía a toda prisa de la sala, enfadado por haber permitido que esa mujer se colara tan adentro, que traspasara la dura coraza que con tanto esmero había fabricado a lo largo de los años alrededor de su corazón. ¿Cómo demonios lo había conseguido?

Había algo en ella —quizá esa necesidad de ser amada, o tal vez que conocía el dolor del abandono más crudo al igual que él— que los había hecho conectar, lo que la llevaba a entregarse a él de esa manera especial, por completo. Sin reservas.

—Devuelve el dinero. Di que no me encontraba bien —dijo Sasha al salir del lugar ante la atenta mirada de su empleada, que, bajo sus gafas redondeadas, mostraba su desacuerdo por el espectáculo que estaba dando.

—Tiene una visita —lo informó.

Por un instante acarició la idea de que era Paula la que lo esperaba. Tal vez había regresado a por él, quizá lo que sentía por él era más fuerte de lo que pudiera pensar, quizá buscaba una respuesta.

Animado, acudió a la sala de espera, pero no era Paula quien lo aguardaba. En el lugar que debería haber ocupado ella, estaba Anya.

—¿Qué coño haces aquí? —le espetó furioso y molesto.

—Veo que hablas español con fluidez... —sonrió ella.

—Tengo prisa. Aparta.

—Espera —murmuró ella—. He venido, quiero estar contigo. Pagaré —dijo mientras sacaba un talonario para firmar un cheque—. Pon el precio —sonrió.

—No tienes bastante para pagar por una noche conmigo.

—Tal vez lo prefieras en especies, *mein Herr*—susurró acercándose a él.

La distancia se redujo a cada paso que Anya daba mientras se desabrochaba el abrigo de piel blanco que llevaba. Al hacerlo, dejó que Sasha contemplase su piel pálida bajo la seda y el encaje negros. Durante un instante, él no supo reaccionar, no sabía qué hacer o qué pensar. Los recuerdos de ellos juntos, del amor que había sentido por ella, del placer que ambos se habían regalado, acudieron a su mente, aturdiéndolo con su intensidad.

Antes de poder reaccionar, la boca de Anya se había posado de nuevo sobre la suya. Su lengua se introdujo en la boca masculina aprovechando su desconcierto. Lo besó despacio, saboreando cada rincón, dejando que sus manos acariciaran la espalda tensa, que su piel desnuda calentara el pecho del hombre.

Por un instante, Sasha se dejó seducir, los recuerdos lo atormentaban, el sabor de sus besos, el tacto de su piel, su voz jadeando...

Se unió al beso, lo que arrancó un gemido de satisfacción a los labios de Anya. Trató de besarla, de sentir algo al hacerlo y, entonces, fue cuando se dio cuenta. La había borrado de su alma. De su corazón. De su piel. De su mente.

Ya no había espacio para ella. Paula lo había ocupado todo sin pedir nada, sin exigir. Tan sólo lo había hecho. Sin esperarlo.

Bruscamente, se apartó de Anya, que lo miró furiosa.

—Lo siento, no puedo.

—No irás a decirme que te has enamorado de esa copia barata de mí, ¿verdad?

—No, no podría decirte eso —contestó Sasha.

—Me lo imaginaba, no hay otra a mi altura —sonrió triunfal, acercándose de nuevo a él.

—No puedo decir eso porque Paula es la auténtica. La copia sin valor eres tú.

—Debes de estar de broma —espetó Anya, más enfadada aún.

Sasha sonrió y se giró, dejando así de prestarle la atención que ella deseaba. Necesitaba ser siempre el centro de todas las miradas, de todos los suspiros y, quizá, una vez fue el centro de su universo, pero esos días ya habían quedado atrás. Se habían ahogado en el vodka con el que se había consolado.

—A estas alturas, deberías saber que nunca bromeo —fue su respuesta.

—Sabes que no me gusta perder, haré todo lo que esté en mis manos para tenerte. No me importa a quién tenga que eliminar.

Esas palabras hicieron que Sasha se girase de repente, ¿estaba amenazando la vida de Paula? Mejor sería para ella que no fuese así. Cara a cara, pudo ver la verdad. Ahora era una mujer como las que acudían a él, una mujer sola, necesitada de consuelo, de atenciones, una mujer que comenzaba a vender su alma al bótox y la silicona y que pasaba las horas bajo unas manos que le prodigaban masajes que prometían devolverle algo de su juventud.

Sasha sintió lástima. Ahora no tenía poder sobre él, lo había perdido. Nada quedaba en él de ese joven que se había enamorado de ella perdidamente, de ese loco de amor que habría entregado su alma, algo que había estado a punto de hacer.

Ahora era sólo una más.

—¿Sabes? Te amé, de verdad que te amé, perdí la razón por ti. Deseaba ser tuyo y que fueras sólo mía. Habría entregado lo poco que poseía para hacerte feliz. Sufrí mucho cuando te perdí, he sufrido mucho hasta hace poco, de hecho, y ahora me doy cuenta de mi error. Nunca mereciste que te amara, no mereces que sufra por ti y, desde luego, no te mereces que siga malgastando mi vida e ignorando mi felicidad por ti.

—Sasha, yo te quiero, siempre fuiste tú.

—Si supieras cuántas noches abracé mi almohada deseando que fueras tú, cuántas veces deseé tenerte de nuevo bajo mi cuerpo, cuántas bocas he besado buscando la tuya...

—Aquí estoy, ahora... —murmuró suavemente.

Sasha miró a la mujer frente a sí. Había perdido su fortaleza, su seguridad, y ya no quedaba nada más que una solitaria mujer que se despreciaba a sí misma.

—Ahora es demasiado tarde, hay otra que se ha adueñado de mí.

Sin saber qué decir, Anya contempló cómo se marchaba, y en ese instante supo que no tendría otra oportunidad con él, nunca más. Lo había perdido todo, pero no iba a ponerle fáciles las cosas, lucharía hasta el final con uñas y dientes.

Sacó el móvil de su bolso e hizo una última llamada.

Las lágrimas continuadas sumieron a Paula en un sueño ligero, atormentada por el recuerdo que no deseaba revivir pero que estaba ahí.

Había llorado, gritado, y se había enfadado porque él no había ido a buscarla dejando claro que ella no merecía la pena... Había pasado el tiempo pendiente del reloj y, cuando había llegado la hora a la que debería haber estado esperando para ser la elegida, se rindió.

Sería muy fácil para Sash... para el Herr buscarle sustituta en una habitación llena de copias de ella. De hecho, Paula era una burda imitación de la original, nunca tendría ese estilo, esa clase ni esa seguridad al comportarse. Ella lo había tenido todo de él: amor, deseo, respeto... y, una vez que no lo quiso, lo dejó libre, pero se le olvidó devolverle su corazón.

Así pues, se revolvió inquieta en su duermevela cuando un sonido incansable martilleó en sus oídos. ¿Qué sería?

Decidió ignorarlo y tratar de entrar en un sopor profundo que se llevase parte del dolor, pero el sonido persistía.

Parpadeó y bostezó intentando concentrarse lo bastante para saber qué producía ese ruido, hasta que se percató de que era el timbre de la puerta. Alguien llamaba.

Se quedó inmóvil. Por un instante acarició la idea de que pudiese ser él, de que lo hubiese dejado todo por ella, de que se hubiese dado cuenta de que era algo más que sexo..., pero no deseaba engañarse con imposibles. Hacía ya rato que la elección habría acabado, ahora mismo estaría con la afortunada que hubiese decidido quedarse para sí esa noche. Quizá ni siquiera se había percatado de que la elegida no era ella bajo la máscara..., ¿qué importancia tenía?

Se levantó a abrir la puerta, que no dejaba de molestarla, y, al hacerlo, se encontró con un desconocido. Su mirada gris era acerada, fría como su comportamiento, y provocó un escalofrío en el cuerpo de Paula. No de placer o excitación, sino de miedo. La misma mirada que tenía su padrastro el día que había decidido tratar de abusar de ella.

—¿Quién es...? —trató de preguntar.

Pero su voz se vio interrumpida por el cuerpo del hombre, que la atrapó por la cintura y acalló sus gritos con una de sus manos sobre su boca. La tenía presa.

Un pánico ya conocido se introdujo en su cuerpo despertando viejos horrores, recordando antiguos miedos...

Paula pataleó todo lo fuerte que pudo, pero no fue capaz de revolverse entre los grandes brazos del hombre.

¿Sería el castigo de Sasha por incumplir el contrato?

No quería pensar que Sasha estuviese involucrado; ella no era lo suficientemente importante para él como para que se tomase tal molestia.

Trató de morder la mano del hombre, que apretaba fuerte su boca y su nariz, impidiéndole respirar, haciéndole sentir que le faltaba el aire, y las lágrimas afloraron de nuevo.

Ese hombre iba a hacerle daño, quizá iba a terminar con su vida. Sólo deseaba que al menos no la violase antes de matarla. No soportaría que ningún otro estuviese dentro de ella, quería que el recuerdo de Sasha permaneciese para siempre, el único hombre que había logrado hacerle sentir...

El extraño hombre de mirada fría la tiró sobre la cama y sacó un arma de sus pantalones. Con un gesto de su gran mano le indicó que no hiciese ningún ruido, y Paula obedeció. Era consciente de que, si no hacía lo que le ordenaba, iba a perder la vida en ese momento. Aunque, ¿qué sentido tenía alargar el final?

Caminó despacio hasta colocarse más cerca de ella.

—Desnúdate, puta —espetó.

—No —contestó sin pensarlo.

—Entonces, primero te mataré y después te follaré. No me importa si estás respirando o no.

Paula pudo ver en los ojos del hombre que no bromeaba, que iba a ensuciar su cuerpo con sus manos, su boca y su polla, y la sacudió una arcada de asco que no fue capaz de controlar.

Si iba a tener que padecer esa intrusión, prefería estar muerta.

Se levantó de la cama y se quedó de pie frente a él.

—Si me quieres, acaba conmigo primero. No voy a dejar que me violes mientras esté consciente.

—Como prefieras. Él no merece tanto la pena —masculló con su acento cargado de erres—. No sé por qué perdéis la cabeza de esa manera por él.

—Para mí, sí, he sido sólo suya. Y no seré de ninguno más, así que date prisa y dispara.

Sasha no podía creer lo que sucedía. Al llegar al que suponía que era el apartamento de Paula, la puerta estaba abierta y, al entrar, se había topado con ese hombre que la apuntaba con el arma.

Las palabras que Paula pronunciaba lograron que su corazón paralizado desde hacía mucho tiempo comenzase a latir con furia.

Se abalanzó sobre el hombre que amenazaba a la mujer de la que se había enamorado, la que había logrado que el agujero en su pecho de nuevo estuviese ocupado por un nuevo corazón, uno más fuerte y mejor, y de un golpe en el costado lo desequilibró y lo tiró al suelo.

El agresor, que no esperaba la aparición de Sasha, perdió el arma, que rodó bajo la cama. Paula no podía creer lo que veía, Sasha había regresado por ella. ¿Sería posible...?

No podía estar segura, pero ahora, pese al miedo, se sentía feliz.

Aunque era algo menos corpulento que el otro ruso, Sasha era más ágil y fuerte y golpeaba sin compasión el rostro del hombre, que no tenía ni una sola oportunidad para defenderse.

—¡Es suficiente, Sasha! —gritó Paula—. ¡Lo vas a matar!

En ese momento, él pareció recobrar la cordura y observó sus manos manchadas de sangre. Sangre que goteaba por ellas, sangre a causa de las heridas que él causaba. Esa sangre que le recordó que una vez casi había matado por Anya y otra vez había estado a punto de hacerlo, aunque ahora por motivos diferentes.

Se detuvo y se levantó del suelo.

—¿Te ha enviado ella o has venido por tu propia cuenta, Dmitry?

—Me ha enviado ella —asintió aturdido el ruso.

—Vete —ordenó Sasha al hombre—. Coge a Anya y largaos de aquí. Dile que ahora la dejaré sin nada.

El hombre se levantó y se marchó a toda prisa, dejando su arma olvidada. Sasha se volvió hacia Paula, que lo miraba sorprendida, asustada y...

—Lo sé, soy un monstruo. Entiendo que no quieras estar a mi lado nunca más, pero quiero que sepas que nunca te haría daño —balbuceó tratando de convencerla.

—Has regresado... ¿por mí?

—¿Lo dudabas?

Paula asintió. Lo dudaba incluso ahora que lo tenía frente a sí.

—¿Estás bien? ¿Ha llegado a hacerte daño? —preguntó él angustiado mientras tocaba sus brazos y su rostro en busca de alguna lesión.

—Estoy bien, más o menos... Algo asustada, pero has llegado a tiempo.

—He pasado tanto miedo —confesó él.

—¿Qué sucedió? ¿Quién es esa mujer? —preguntó Paula, creyendo que era el momento para

hablar.

—Sentía tanto dolor cuando Anya me dejó... que sólo encontré consuelo en el vodka. Me pasaba los días y las noches buscando un local abierto al que no le importase servir más bebida a un borracho. Una noche, necesitaba sacar el dolor como fuese y comencé una pelea con el tipo de al lado. No sé quién era, no sé su nombre..., no sé por qué. Supongo que su único pecado fue estar en el sitio equivocado. Lo golpeé hasta casi matarlo..., y por poco lo hago. Cuando me di cuenta, apretaba tan fuerte la navaja entre los dedos de mi mano que estaba sangrando, como ahora. Entonces la dejé. Dejé el arma en el suelo, junto al hombre malherido. Dejé junto a ese hombre mis recuerdos, a Anya, a mi familia..., todo.

—Lo siento tanto —musitó Paula llorando.

—No tienes por qué. Tú no fuiste la culpable, fui yo —contestó Sasha, malinterpretando sus palabras.

—Por eso te gustan como yo... ¡¿Crees que de esa forma estás de nuevo con ella?! Aléjate, vete..., no quiero tenerte cerca, me engañaste...

—Sé que estás enfadada, pero..., escúchame, necesito explicarte...

—No hay nada que explicar, Sasha, ¿o debo llamarte Herr? Me mentiste.

—No, nunca hice eso. Al principio no sabía que eras tú. Cuando lo supe, quise decírtelo, de eso era de lo que quería hablar contigo. Quería que supieras quién era en realidad...

—Y ¿quién eres? ¿Un rico excéntrico que se divierte follándose a mujeres que le recuerdan a otra a la que amó y con la que no tuvo un final feliz? Eso he sido para ti, una copia con la que revivir todo lo que ella te hacía sentir. Pues ve con ella, ha venido a buscarte.

—No la quiero. Ya no.

—¿Estás seguro?

Paula se detuvo, necesitaba que Sasha dijese algo que la hiciera creer que de verdad la necesitaba a ella, que lo suyo significaba algo más que un sexo fantástico. Esperaba que dijese que sentía por ella algo profundo, pero esas palabras no llegaron.

Sasha la miraba, podía ver lo que sufría, y no le agradaba ser el responsable de su dolor. No sabía qué hacer, pues no estaba seguro de poder darle lo que deseaba, ¿acaso podría volver a amar? Lo dudaba, tal vez ese sentimiento que creía tener por ella no era más que un anhelo que lo confundía. No podía prometerle nada, no podía asegurarle que le daría algo más de lo que ya existía entre ellos. Quizá la amara, pero ¿cuánto duraría?

De repente, dudaba: ¿de verdad no sentía nada por Anya? ¿Eran reales las palabras que le había dedicado o habían sido tan sólo una venganza por todo el daño que le había ocasionado? No podía estar seguro y, por eso, antes de continuar destrozando a esa mujer, tenía que cerrar ese capítulo de su vida que se titulaba «Anya».

No tardó en encontrarla, sabía dónde hallarla. Tan sólo tenía que preguntar en el hotel más caro de la ciudad, Anya no se habría conformado con menos. Al llegar a recepción, dio el nombre de Anya y el suyo. Como esperaba, y a pesar de la amenaza que Anya había enviado con ese hombre que iba a hacerle daño a Paula, lo dejó subir.

Siempre se sentía ganadora. Seguramente pensaba que él iba a pedirle perdón, que con verla a sus pies, sumisa y dispuesta a darle todo lo que deseara, la perdonaría.

Creía que su amor había sido tan fuerte que todavía era capaz de avivar las cenizas..., y Sasha temía en el fondo de su alma que tuviese razón, por eso necesitaba averiguar si quedaba algo o no.

El ascensor que lo llevó a la décima planta, la última y favorita de Anya, que adoraba las alturas, se detuvo con un suave golpe seco, apenas imperceptible.

Buscó por el pasillo pintado en tonos marrones la habitación. Al llegar, llamó suavemente. Apenas unos segundos después, la puerta se abrió y ella lo recibió sólo con la ropa interior puesta, una lencería de encaje y seda negros, como a él le gustaba. Anya se arrodilló en mitad de la habitación, que sólo estaba iluminada por una lamparilla en la cabecera de la cama.

La máscara ocultaba parte de su rostro, recreaba La Elección. Precisamente ése había sido uno de los motivos por los que había nacido, por los que tenía esa estética, de nuevo algo creado en honor a ella. Sin embargo, Sasha empezaba a cansarse un poco de todo lo que había dado a esa mujer, que no se merecía tanto. ¿Sería posible que aún quedase algo? ¿Que todo lo que hacía para olvidarla en realidad fuera para mantenerla viva en su mente, en su corazón?

—Buenas noches, Herr —musitó ella.

—Anya, levántate. No estoy para juegos.

—Sí, Herr —contestó sumisa.

No deseaba acabar el juego, era una mujer inteligente que además contaba con la ventaja de que lo conocía bien, muy bien.

—¿Has enviado a un hombre a matar a Paula?

—Sí, Herr —contestó sin darle importancia—. He sido una niña mala, ahora merezco el castigo —murmuró.

Se inclinó hacia adelante, su rostro sobre sus largos y níveos brazos, que descansaban en el suelo, la espalda arqueada y el trasero redondeado a la espera de algún golpe.

Sasha sintió cómo su polla se endurecía bajo sus pantalones, no podía evitar que su cuerpo reaccionase ante una mujer atractiva que se le ofrecía.

Se acercó a ella, se arrodilló justo detrás y se dejó llevar acariciando las nalgas. Le propinó un sonoro cachete en el trasero y Anya, en protesta, soltó un ronco gemido que consiguió que el miembro de Sasha palpitase.

Le gustaba saber que le procuraba placer, que la tenía en sus manos, pero cuando cerró los ojos, sólo fue capaz de ver el rostro de Paula, de oír sus gemidos, de sentir su pasión. Ella sentía con él, por él, y era la primera vez que una mujer se entregaba a él con esa intensidad.

—Anya —murmuró.

—¿Sí, Herr? —siseó segura de que lo tenía de nuevo en sus manos.

—Quiero que cojas la maleta y a tu matón y te vayas de aquí ya. Ahora mismo, te voy a sacar un billete de avión con destino a Rusia y espero, por tu bien, que no salgas de allí nunca más.

—Pero... ¡¡Sasha!! Ahora podemos estar juntos, por fin podré quererte como no pude entonces.

—Sí pudiste, sólo que elegiste a mi padre. ¡Mi padre, Anya!

—Me equivoqué... Lo siento tanto...

—Ahora es tarde.

—No, me niego a creerlo. Te perdono las cosas que me has dicho antes, sé que en el fondo aún me amas.

—Lo es, demasiado tarde. Mi corazón pertenece a otra.

—No puede ser, me lo quedé yo, aún lo conservo.

—Puedes quedarte ése, ella ha logrado que nazca uno nuevo.

—¿Ella? ¡Es tan sólo una fotocopia de mí! ¡No vale nada!

—Eso pensé, que la había elegido por ser una copia tuya. Pero, ¿sabes? Acabo de darme cuenta de que la copia barata eres tú, de que ella siempre fue la elección acertada.

—No puedes hablar en serio.

—Desaparece o llamaré a la policía. Irás a la cárcel por tratar de acabar con Paula.

Anya se levantó del suelo, ya no tenía que seguir interpretando el papel de mujer sumisa.

—No puedes hacerme esto, Sasha... Él... él..., el maldito hijo de puta de tu padre me ha dejado sin nada, en la ruina. ¡Después de todos los años que le he regalado! ¡Los mejores de mi vida! Me ha dejado en la miseria... —comenzó a sollozar.

—Lo sé, por eso has venido a por mí. Para volver a tener todo lo que has perdido con su muerte. No voy a darte nada, sólo la oportunidad de librarte de la cárcel. Vuelve a Rusia y haz tu vida, empieza de nuevo. Busca trabajo.

—Sasha, *mein Herr*, no puedes dejarme, soy tuya, siempre lo he sido.

—Dejaste de serlo cuando te acostaste con mi padre. Ahora, debo irme.

—¿Con ella?

—Sí.

—Esto no quedará así —amenazó en voz baja.

—Adiós, Anya —se despidió.

A continuación, cerró la puerta y se dirigió a buscar a la mujer a la que de verdad amaba, ahora sí que estaba seguro.

Llamó a la puerta de Paula sin descanso, no sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero era mucho. Al fin, su insistencia ganó y ella abrió.

Verla le encogió el alma. Tenía los ojos rojos e inflamados por el llanto, al igual que la nariz. No pudo evitar abrazarla fuerte, como si con ese abrazo quisiera juntar todos los pedazos rotos, los de ella y los suyos propios.

—No quiero verte, márchate, por favor, Sasha. Bastante tortura será para mí verte todos los días en el trabajo como para tener que hacerlo también después.

—Sólo quiero que me dejes hablar. Necesito explicarte algo... Vengo de ver a Anya.

—Me alegro de que seáis felices.

—Trato de decirte que sólo voy a ser feliz contigo, Paula, quiero decirte... que creo que siento por ti, algo profundo...

Paula sintió que las lágrimas de nuevo se agolpaban en sus ojos, ¿podría ser?

—Está bien —dijo compungida—, habla.

—Al principio fue así. Buscaba en cada mujer algo de Anya, algo a lo que aferrarme para no olvidarla, para volver a tener un poco de lo que había perdido, pero después fue sólo un juego. Necesitaba calmar el hambre de mi cuerpo y no quería saber nada de ellas, ni su edad, ni su profesión, ni sus gustos..., tan sólo sexo. Por unas horas liberado de todo, bajo el antifaz era más fácil fingir ser otra persona...

—El Herr...

—Ella me llamaba así, el Herr, el amo. Y la máscara y oír a las mujeres llamarme de esa forma

me daban la sensación de volver atrás, al pasado, donde todo era más fácil y mejor. A aquel tiempo en el que aún tenía sueños, futuro, esperanza... Y ahora...

—¿Ahora?

—Ahora vuelvo a tenerla gracias a ti, por eso he regresado. No soportaba la idea de estar con ninguna otra que no fueses tú. Tienes algo que me llena, no sólo obtengo placer cuando practicamos sexo, es algo más..., algo que pensé que había perdido para siempre.

—¿Quieres estar conmigo? —titubeó.

—¿De verdad lo preguntas?

—Sí.

—Quiero estar sólo contigo si tú quieres estar conmigo. No he podido escoger a nadie en La Elección y tampoco he podido estar con Anya. Y se me ha ofrecido. Le he pedido que se marche con su matón esta noche o iré a la policía.

Paula se acercó a él despacio, dejando que el miedo que acababa de pasar diese paso a otro sentimiento, uno que la hacía sonreír sin darse cuenta.

—Quiero estar contigo, sólo contigo, porque eres el primer hombre que ha logrado hacerme disfrutar del sexo. Has sido el primero y el único con el que he conseguido llegar al pleno éxtasis, al orgasmo. Y, créeme, no quiero perder eso.

—¿Nunca antes...?

—Nunca.

Sasha sonrió complacido, le gustaba saber que sólo él había logrado hacerla sentir tanto, porque sólo ella había logrado hacer que su corazón latiese de nuevo.

Sin mediar palabra, la cogió en brazos y la tumbó en la cama para comenzar a besar su cuerpo, sin importarle nada más que arrancarle a partir de ese momento miles de jadeos, caricias y orgasmos.

Ahora más que nunca se alegraba de La Elección, de su elección.

Epílogo

La tarde era fresca. Paseaban por la zona donde se ubicaba la nueva casa de Paula. Ahora era la redactora jefe de la revista de moda en la que había trabajado tanto, y no sólo había conseguido el ascenso, sino también al hombre de su vida.

Lo miraba de reojo, era tan apuesto que todavía después de tantos meses la dejaba sin aliento. La Elección había quedado como negocio, pero Sasha nunca participaba; siempre la elegía a ella. Ahora se había convertido en un club al que las mujeres iban en busca de entretenimiento, pagaban, pero eran ellas las que escogían a uno de los hombres. Se había transformado en la elección de ellas; era un negocio que daba muchos beneficios, no sólo económicos, sino también de placer.

Paula se sentía dichosa, seguía disfrutando de lo que Sasha sólo era capaz de provocarle, y él había dejado atrás una pesada carga.

—¿Tienes frío? —preguntó, siempre atento.

—No. Gracias.

—Tienes la piel erizada.

—No es por el frío, es por culpa de mi imaginación.

—Y ¿qué te imaginas?

—A ti sin ropa sobre mí.

Sasha no esperó más, la agarró con fuerza de la mano y el paseo acabó transformado en una carrera hasta su hogar.

La casa tenía un gran jardín que daba la bienvenida. Sasha abrió la puerta y la llevó junto al piano, una de las cosas que Paula había descubierto y que la enloquecían: él tocaba el piano muy bien, y casi siempre la deleitaba con alguna canción versionada por él mismo.

—Siéntate a mi lado —susurró Sasha con su voz de Herr, esa que le gustaba tanto.

—Sí, *mein Herr*—musitó Paula junto a él. Todavía disfrutaban de su juego de alcoba.

La música suave comenzó a sonar, ella conocía bien esa canción, la adoraba. Era *Thinking Out Loud*,

[1]

de Ed Sheeran.

Los acordes empezaron a sonar con el leve susurro de su voz, otra cosa que adoraba. Sasha tenía una voz preciosa, algo rasgada al cantar, que lograba emocionarla.

Conforme la canción avanzaba, Paula no pudo resistirse y se acercó más a él. Se sentó sobre sus rodillas, cara a cara, impidiéndole que sus dedos tocaran el teclado pero facilitándole que la acariciara a ella.

Sin dejar de cantar, Sasha comenzó a besarla en el cuello, los hombros, los pechos... El jersey gris que llevaba salió volando y Paula sonrió al verlo. Era perfecto para ella, lo amaba profundamente y sabía que iba a ser plenamente feliz junto a él.

La boca de Sasha seguía murmurando la letra de la canción entre los besos que ahora daba en su estómago.

Paula miró al frente, justo al gran espejo que colgaba de la pared, y vio cómo su Herr la abrazaba y la arrojaba con sus alas. Esas alas que la hacían volar lejos, a un mundo que les pertenecía sólo a ellos y del que no quería regresar jamás.



Alissa Brontë nació en Granada hace treinta y siete años. Desde su adolescencia ha destacado en literatura romántica, juvenil y fantástica, y ha sido galardonada durante tres años consecutivos en diversos certámenes literarios.

Bajo el seudónimo de María Válnez ha obtenido un notable éxito con sus libros autopublicados, *Devórame y Precisamente tú*, por lo que está considerada como una de las futuras promesas literarias. En la actualidad reside en Sevilla con su marido y sus tres hijos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

www.alissabronte.webs.com

Nota

[

[1](#)

]. *Thinking Out Loud*, Atlantic Records UK, interpretada por Ed Sheeran. (N. de la e.)

La Elección
Alissa Brontë

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Syda Productions / Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Alissa Brontë, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: abril de 2016

ISBN: 978-84-08-15267-5

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com